

CUATRO CUENTOS Y UNA FANTASÍA

PEDRO JOSÉ LOZADA





Cuatro cuentos y una fantasía

Pedro José Lozada

Pedro José Lozada
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798865983293
Depósito Legal: ZU2023000331

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Selección y notas:
Eduardo Romero Hóme

Revisión:
José Gregorio González

Origen de las fotografía:
Archivo de la Fototeca
“Arturo Lares Baralt”

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Tres amores

En mi horóscopo natal debe haber un planeta Venus bien aspectado en su benéfica influencia de asuntos amorosos pero tocado en algún lado por una fuerte cuadratura. Mi vida ha estado plena de admiración, cariño y amor en sus múltiples dimensiones, de parte de las mujeres presentes en mi existir. En un sentido, satisfactorio, por otro lado...ya les contaré.

Hoy, en los últimos días invernales de un solitario tránsito feliz, que nunca pensé merecer, añoro y me solazo en el recuerdo de tres de los tantos amores que rodearon mi existencia, no obstante la imposibilidad que dieran frutos. El primero por su tierna inocencia y brevedad. Después, la tenaz persistencia y negación destinista de la segunda diosa aparecida solo en dos fogonazos intemporales marcándola en mi sangre indefinidamente. El último, inundado de intensa pasión adolescente, se mantuvo casto por convicción mutua hasta ser abatido por erótica ansiedad solicitada con gozoso llanto.

—Dame un hijo, no quiero contenerme un segundo más.

—!Ahora no. Tengamos paciencia, será pronto... salí del lugar y me fui.

Esa noche fue la última vez que la vi. Esa noche nos dimos un último beso. Esa noche cerró un capítulo imborrable de nuestra vida.

Cora, Zoraida y Aura Cecilia son tres marcas indelebles. Raros capítulos de una vida convencional, apretada de incidentes inverosímiles.

Cora fue la emoción pura, inimaginable, casta, bordeando la abstracción incommunicable. Una mujer bellísima como el rayo verde en el océano. Fantasía pura al evocar la alegría provocada por la noticia destinada a mi abuela Julia, que yo escuchaba aún si jugaba en el último rincón del patio.

—Esta tarde voy a visitar a las García...

Pocos segundos después aparecía corriendo y entraba como una tromba a la casa

—Samuel, vamos a bañarlo y vestirlo, Visitaremos a las García, en la calle Ayacucho.

¿Cómo se describe una emoción? No hay formas puntuales, específicas, o de laboratorio, pautando de que manera describir, por ejemplo, la ansiedad, el miedo, la rabia, o la alegría. La descripción de los estados emocionales puede resultar un ripio, una cursilería, un hermoso discurso de altos vuelos poéticos o una destemplada y aburrida enumeración descriptiva. Nada más inasible o materialmente imponderable que una emoción. Decir cómo se siente, se vive, disfruta o sufre, es todo un compendio de subjetividades que transmitirá, o no sabrá hacerlo, la intensidad, calidad, profundidad, belleza o maldad y tantos otros calificativos a su esencia, cómo así los posea quien narra y describe esos estados interiores del espíritu humano. Debe ser dueño de una densa capacidad descriptivo-analítica, un vasto conocimiento del lenguaje, aparejado el conjunto a una fina sensibilidad cultivada con esmero y dedicación monacal.

Samuel, este adusto señor que evoca la génesis y vicisitudes de amores cultivados en su corazón, tenía entonces tres hermosos años de vida. Seguro había sufrido los pequeños terrores propios de la edad, miedo a la oscuridad, a los ruidos sorprendidos, o a una sombra proyectada por una iluminación indirecta o refleja...más no podría describirlo.

Cando evoco a Cora “una mujer bellísima cómo el rayo verde en el Océano”, es fantasía pura, también puedo decir que era alta y esbelta. Quizás era atractiva y de estatura común. En realidad mis recuerdos de Cora son tres. Era rubia, en esa época no existían tintes para el cabello. Tenía una breve cicatriz en el cuello, muy definida, que yo acariciaba con mis dedos cuando me cargaba. Sentía una gran alegría al saber que iríamos a visitarla, un estado de felicidad que aumentaba al llegar a su casa y ella me tomaba en sus brazos, a besarme y acariciarme.

He llegado a pensar y suponer al evocar el recuerdo, que probablemente la gloria es algo parecido a lo que sentía cuando Cora me abrazaba y besaba.

Amaba a Cora, la amé mucho. Fue mi primer amor. Cupido tocó mi corazón precozmente. Aún no llegaba a los ocho años la tarde en que volé de la casa del vecino a cambiarme las alpargatas rotas que calzaba, por los duros zapatos nuevos culpables de sendas ampollas y revertir así el mismo cambio media hora antes, aliviando los agudos pinchazos de diez horas de me pegan algo, me molestan un poco, me están haciendo llagas. Un periplo de torturas desde la misa

dominical, la visita a un tío enfermo en Turmero, el regreso a comer en la Gran Vía— Restaurant “El más famoso de la ciudad / Menú Internacional / Visítenos o llame a nuestros teléfonos y enviamos su gentil pedido sin cargos extras. Un paseíto después de comer, para que ir a casa, a oler que, (ya veía estrellitas y apretaba los dientes para no cojear). Vamos al parque, paseamos un rato, (aguantarán mis talones) nos comemos un heladito y regresamos al cumpleaños de la hija de Juan Antonio.

—¿Qué te parece mi amor?

Una frase cuya traducción correcta al lenguaje de la matriarca es innecesario transcribir.

Llegamos a la fiesta de cumpleaños en casa de los Sánchez, la cumpleañera era Estercita. Pese a la vecindad, como familias tradicionalistas guardaban sus propias formas de protocolo. Desesperado por quitarme los cepos que me aprisionaban le dije a mi madre que iría a cambiarme el calzado.

—No se le ocurra. Si entramos aquí debemos saludar a la familia, después haga lo que quiera. Primero hay que cumplir con la decencia y las buenas costumbres. Espérese.

Saludaron, hablaron, rieron. Tómense un refresquito... Josefa quieres un ponchecito, está bien frío.

Al fin pude salir cojeando a cambiarme los benditos zapatos. Pasando por el corredor escucho un Samuel. Mi prima Ana Gisela viene corriendo, no la dejo llegar.

—Ya vengo Anita, ya vengo, y seguí cojitrancó hasta mi casa.

Diez, doce minutos y estaba de regreso con la flamante ropa dominical pero calzado con unas viejas alpargatas suela de goma. Entré derecho hasta el parral de hermosa fronda, al inicio del patio donde ubicaron el improvisado Bar con los bebestibles a obsequiar durante el jolgorio. Lo atendía Tomasito, el mayor de los varones de Josefa y Juan Antonio.

—Chamo dame una Pepsi y no le pongas tanto hielo. Tumbaron la piñata, repartieron dulces y se hablaba de la torta a repartir. Me entretuve dando vueltas por el patio de la casa y bebiendo refrescos y al grito de Samueell, me acordé de Anita que de nuevo corría hacia mí.

—Chico que te habías hecho, llevo más de una hora buscándote

—Y ¿Qupasa, qué quieres?

—Mira, ven un momentico. Me llevaba de la mano... perdón, con su permiso. Se detuvo y: ---Es que te quiero presentar una amiga, una compañerita de colegio. Ven, ah, mira aquella columna al lado del comedor, la pintada de verde.

Pero ya la había visto. Quedé alelado, ¡esa es tu amiga, no esperé confirmación y salí corriendo. Volé hasta la casa y me calcé los grillos. Faltó poco para un grito al levantarme, aguanté el zarpazo y regresé a la fiesta. Caminaba muy naturalmente --o por lo menos así lo pensaba— baje el ritmo entrando al corredor y veo un Ángel acompañando a mi prima. Se detuvieron. Quise decir ¡hola! y la masa de aire se me atascó envolviendo la palabra.

Ana Gisela sonrió al decir “Samuel, ella es Zoraida”.
Reuní fuerzas y voluntad, extendí la mano y escuche
mi hilo de voz que dijo: Hola, cómo estás...

Ana hizo mutis. Mis pies querían pedir auxilio. Callaron.
Y en un gesto de valor y audacia Samuel se atrevió:
“Bailamos”

Bailó lo que sonaba en el fonógrafo y se dio el milagro.
No pisó a Zoraida.

Finalizando los últimos compases de “Maringá” en la
voz de Leo Marini con la Sonora Matancera, ya había
pensado en lo que haría al concluir la música, y el
paraíso se esfumó al unísono con una voz masculina
que firme, pero gentil desgarró las rosas en las que
había flotado.

—Zoraida, despídase de su amigo. Nos vamos...

—Adiós —guuth, guth. Aaaadióss.

De la misma forma en que apareció como viniendo
etérea de la nada a regalar unos minutos de fugaz
ilusión, así desapareció por la grieta de un limbo
clausurado segundos después. Una especie de niebla
trae alguna vez el recuerdo de un Ángel danzando al
compás de melodías que la añoranza transforma:
Vals de Strauss, vals de las Flores/Tchaikowsky; vals
Brillante/Chopin y se esfuma con el llanto musical
del Valse Triste de Jean Sibelius.

Han pasado nueve años y la niebla no deja de hacer
presencia y recuerdo de los fugaces minutos vividos
con una figura angelical que dejó su nombre estampado
a fuego en el corazón de Samuel...Zoraidaaa.

Un agraciado adolescente, ágil, espigado, de fibra atlética, despacha diligente detrás del mostrador de verduras y frutas, asistiendo los domingos a un tío, dueño del puesto en el Mercado Municipal. De pronto por encima de un abigarrado grupo de compradores y durante volátiles segundos dos jóvenes congelan sus miradas por una eternidad, traspasando el tiempo. Profundas, anhelantes, exigiendo un encuentro, que por no sabemos cuál razón jamás se daría. El último reflejo del chispazo ocular, trajo presentida la verdad definitiva, rasgando sin piedad ambos corazones.

Taller de radio vs Taller de costura

El asunto no era grave, pero me preocupaba la actitud de Esther. Insistía en que yo la había engañado dos veces, primeo con el local y luego echando a un lado la compra de su bordador por el Osciloscopio. No puedo explicarme su actitud, o es que las mujeres se las dan de brutas para llevarle la contraria al marido. No son capaces de entender qué es una oportunidad y entonces salen a filosofar diciendo pendejeras. El Osciloscopio recién adquirido no sólo era una inversión tecnológica, le daba un nuevo aire al taller, de modernidad. No es ningún armatoste y luce elegante con sus acabados en acero y los rutilantes indicadores.

Esther tampoco puede ver el problema del local. Si no se puede hacer como uno lo pensó, más amplio y mejores acabados, acomodación apropiada para los maniqués, vitrinas, etc, entonces hacemos algo provisional, me acomodo ahí con mi taller y después resolvemos su problema de un espacio mayor, mejor distribuido y equipado, bien amoblado, vitrinas modernas y; carajo, pero que calorón y este tierrero que se le mete a uno por todos lados. Eso tiene que ser por la crecida del río.

El pueblo no solo era pequeño sino que también se veía desolado, sobre todo en la época, Además de la polvareda que a cada momento levantaba la ventisca, la nube de cenizas constante después de los in-

cendios forestales tan comunes en el lugar, el último había sido extinguido tres días antes. Una atmósfera de estación que borraba el encanto de la extensión del pueblo hasta la propia ribera del Orinoco.

José Ramón le daba vueltas y vueltas a la rabieta de Esther y concluyó que esa actitud nacía de la influencia de Domingo. Hasta en eso me echa vainas mi hermanito, si hasta habló como él: "No hay nada más eterno que lo provisional".

—Señor Martínez, no va a soldar los diodos. Alberto, el ayudante recién contratado por Martínez, había revisado la agenda del día, vio al dueño del taller distraído y le recordó el caso.

—Gracias Alberto, dijo en tono mecánico y fue a tomar un cautín. Con el aparatico de soldar en la mano continuó medio alunado. Al fin se decide a realizar la soldadura.

—Coño!, huele a quemado, que será:: Tres segundos más tarde, plofff, humos y una breve llamarada en el tablero de pruebas casi al lado del flamante Osciloscopio recién adquirido.

—Rápido Alberto pásame el extintor, se quema esta vaina.

El conato de incendio no pasó, a mayores pero Martínez, nervioso, pidió el multímetro y otra herramienta para revisar el osciloscopio. Alberto lo tranquilizó, a ese bicho no le paso nada señor, lo desconecté por si acaso, cuando lo vi a Ud., ya con el cautín en la mano. A José Ramón, un hombre joven algo ceremonioso, de porte elegante cercano al metro ochenta de es-

tatura, siempre vestido formalmente hasta en ropa de trabajo, con elegantes monos de mecánico, impecables, ha perdido en los últimos días su aplomo al punto de haber alterado su rutina de trabajo, antes rígidamente establecida. Abre el taller muy temprano, antes del desayuno, del que dispone a prisa después de llegar Alberto al taller. No cierra como antes a las cinco y media de la tarde. Se nota preocupado por los problemas con Esther y la intervención de Domingo en sus asuntos.

Ocho años antes en sociedad con su hermano montaron una ferretería, negocio muy rentable. Crecieron, ampliaron actividades para vender materiales de construcción. El éxito progresivo y el alza de ventas y ganancias, aumentaron las diferencias entre ambos, disputando cada vez en forma más asidua el arreglo de los deberes y responsabilidades de cada socio. José Ramón se autoproclamaba el socio capitalista y Domingo le refutaba:

—Sí pendejo, porque pusiste tres lochas más que yo. Te compro tu parte y cada quien por su lado matando los piojos a su manera, qué te parece.

Sin traumas ni reconcomios, partieron bienes tomando cada uno lo que dijeron las cuentas realizadas para la partición y santo remedio, quedaron en buenas migas.

José Ramón Martínez y su esposa Lourdes Esther hacen una bella pareja. Ella es costurera, la reputación de la calidad de su trabajo alcanza a una clientela en

los distritos vecinos. Tiene un carácter afable. Pocas veces discute las decisiones de su esposo y han sido en propiedad, más un consejo de prudencia que una oposición, razón por la que José Ramón se sorprendió de la firmeza y el tono de reclamo dado a su exigencia.

—No me sigas jugando malas pasadas José Ramón.

—Pero Esther, era una oportunidad

—José Ramón en un negocio todo es oportunidad, sea para el que compra o para quien vende. Hasta en una permuta hay oportunidad para los negociantes, o no transaban,

—Pero Esther, claro que era una oportunidad, fíjate que.

—Cuentos chinos José Ramón. Tu no necesitabas ese aparato tan caro, que solo te sirve de vez en cuando para una prueba, e impresionar a los clientes y a la competencia.

—Pero Esther fíjate

—Cónchale no me interrumpas, déjame hablar. Vas a decir que la bordadora es tres veces más costosa que el osciloñoña ese de adorno, con la diferencia que la máquina me dará una rentabilidad diaria, y tú sólo me vas a prestar el cuarenta por ciento del costo, ok. El resto lo tengo yo ahorrado.

—Bueno Esther, vamos a ver como lo resolvemos, mañana —Esther lo interrumpe furiosa. Mañana qué, otro cuento. Hay una sola forma José Ramón y es la única, tengo tres trabajos comprometidos y firmé contrato, confiando en tu palabra, entregando unas arras del 10% para asegurarla, tú dirás ahora que piensas hacer.

—Pero estás loca Esther, cómo firmaste algo así dando un 10%, que corres el riesgo de perder.

—Se me ocurrió maridito mío porque me aseguraste y juraste que no me harías lo mismo con el local que sería mi taller y tienda, un local amplio y bien diseñado, no ese rincón de mala muerte que improvisaste, dejándome de paso en aquel sucucho de allá atrás.

—Bueno, yo no sé cómo haremos, creo que estamos en pico'e zamuro y vas a perder esos reales.

—No mi amor, yo había tomado mis previsiones por si acaso y había palabreado' a Domingo y a mi mamá, así es que no te preocupes, yo si voy a resolver.

—Coño, prefiero cualquier cosa, menos deberle un favor a mi hermano, ese carajo me lo va a echar en cara cada vez que me vea.

Esther no escucho el final. Le había dado la espalda y se fue a su cocina.

Tres días después Domingo llevó en su camioneta la máquina bordadora y con un empleado de su ferretería la acomodaron en el sitio dispuesto por Esther. La probaron y quedaron conformes, Domingo preguntó por su hermano para saludarlo, pero José Ramón ante la perspectiva del encuentro, inventó una llamada urgente del Secretario regional del partido y se perdió.

La muerte me ha rondado

La muerte me ha rondado muchas veces, en esas y otras ocasiones en que me vienen a la memoria algunos de esos momentos, me pregunto por qué la parca se me acerca, ronda a mi alrededor y como si se arrepintiese baja la guadaña y me susurra al oído izquierdo.

—Sólo pasaba por aquí, no es contigo el asunto...

Camina unos pasos. Se detiene, voltea a mirarme torvamente, parece como si sonriera, asiente ligeramente dos veces con su cráneo desnudo y son dos latigazos de hielo sobre mi espalda. Alza el arma aterradora, me azota de nuevo su gélida mirada y...se marcha.

La primera vez llegó a niveles dramáticos, de tortura. Debe haber sido un error y solo ella, La Parca, con su poder logró enmendarlo. También he pensado en una advertencia, pero y la edad, era un nenito. Nunca me ha quedado claro el por qué con menos de tres años me puso la guadaña sobre el cuello...y presionaba, presionaba hasta el borde del último ahogo, aflojaba unos segundos y comenzaba de nuevo el apriete. No sabía dónde estaba ni que sucedía y no cesaba el ahogo, la angustia, la opresión en el pecho. Así durante tres larguísimos días, desde el momento del suceso, un domingo al mediodía en un Maracay pueblerino, hasta el miércoles, en el Hospital del Niño, en la capital, Mi madre al contarme lo sucedido y su Odisea lo citaba otras veces como el “Hospital Vargas”. No puedo imaginarme hoy, como pudo

hacerlo, cuantas carreras realizo de un sitio a otro, pidiendo, rogando. Cuantas horas de sueño pudo robarle a un velar de angustia y desespero en el que contemplaba a su hijo y escuchaba el tenue sibilar de un aire huidizo, reacio a llegar hasta los pequeños pulmones por la obstrucción del cuerpo extraño en la tráquea. Llorosa casi enloquecida de terror añoraba el primer matiz de aquella paleta de colores en que se había convertido el débil cuerpecito, primero pálido, después verdoso, más tarde tornándose azul y en la madrugada del miércoles, a punto de salir caminando con el pequeño a cuestas, la acuarela del desmayado muñeco casi agonizante, se tornaba violeta y el suave silbido de su respirar era cada vez más corto hasta perderse en lo inaudible por segundos. Entonces al borde del colapso casi sin comer y dormir minutos las últimas tres noches, trataba de sobar, rozando apenas la fría piel de la espalda, intentando detener con el amor brotando de sus manos el lento descenso de un calor corporal en despedida. No, no, no, por Dios ángel mío, aguanta hijo, aguanta un poco más, un poquito hijo mío, un poquito...Cierto, faltaba poco, el viaje a pie desde la Cañada de la Iglesia al Hospital, donde estaría en manos de los médicos. Habían llegado a Caracas al borde de la medianoche. Ahora con casi tres días de ahogos el niño e igual número de infiernos encima la madre, estaban camino al bisturí salvador.

—Aguanta ángel mío...que Dios y la Virgen santísima te den fuerzas.

Cuál de los poquitos faltantes ganaría la agonizante lucha, el tiempo restante hasta las manos salvadoras del cirujano, o el hálito de vida aun latiendo en el agotado cuerpecito violeta pálido, solo abrigado por la devota fe del amor maternal.

Meses después un chiquillo saltaba, corría y jugaba con su perro, estudiaba la cartilla guiado por una tía tan amorosa y tierna como exigente en la disciplina...

---Porque si no tienen temple de carácter. Sirven para muy poco y cualquiera los engatusa

Y la abuela confirmaba con un suave movimiento de su cuello y agregaba quedamente: “Así es, si señor...”

Un segundo toque con un empujoncito, se produjo años más tarde. Salía de tomar una clase en el Liceo. La calle es estrecha, una fila la toman para estacionarse y queda un solo canal para el tráfico, muy lento. Un grupo de chamos vecinos que nos reuníamos por lo menos dos tardes a la semana en la esquina del Bar Alma Llanera y nos identificábamos con ese nombre, caminaba por la angosta acera del lado activo de la calle, moviéndonos al compás de las bromas, riendo, empujando, cantando, tropiezo al recibir un golpe en el hombro, pierdo pie en el borde y caigo de bruces en la vía. Una camioneta pick-up frenó y gracias a la lentitud de circulación se detuvo de inmediato pero alcanzó a golpearme en el muslo derecho. No pasó de ahí. El susto y un moretón en la pierna. En la noche, aplicándome ungüentos calmantes en la tumefacción, reconstruí el suceso al tocar y repasar con el

tacto la dolorida sección, me vi de nuevo proyectado al suelo por el golpe del vehículo y ¡¡¡ Coño, me salvé de vainita...

...Dejé el Liceo en tercer año y el tuerto Francisco, cajero en la ferretería donde me enganchó un tío, me recibió con esta perla: “Carajo muchacho, no vas a servir de martillo, así es que te jodiste, tendrás que ser clavo”.

Cada cierto tiempo recordaba la frase del tuerto y sentía un amarguito en el estómago. Pasaba pronto, el tuerto, hombre difícil, casi siempre malhumorado, me tomó confianza y llegó a considerarme su amigo pese a la diferencia de edad. Con frecuencia me decía. “Chamo búscate otra vaina, ahora es cuando puedes estudiar”.

Se alegró mucho al punto de abrazarme —un duro como él— cuando supo que me gané el cupo en la Academia de Náutica.

Me gradué y salí a navegar de Oficial aprendiz (cadete). La autoestima en las nubes y tal vez el hermoso estado de ánimo del que hacía gala, al salir adelante contra circunstancias negativas me ayudó a saldar el terrible impacto de la tercera vez que la implacable me jugó su mala pasada.

Cumplía mi último viaje a bordo de cadete aprendiz y había bajado a la Sala de Máquinas a cumplir turno de maniobra en función del zarpe. Cualquier maniobra de un buque, arribo a muelle y atraque, fondeo, zarpe, etc, está sujeta a imprevistos que obligan a sucesivas puestas en marcha y paradas. Es lo común

y sucede aún en maniobras sencillas y de menores problemas por corrientes, vientos o tráfico nutrido. Llego a Sala de Máquinas y el Primer Oficial me dice: Cadete, tenemos una pérdida de aceite en la línea a las purificadoras o en la lubricación al eje de cola. El mecánico de cubeta está chequeando las líneas por Babor. Baja a sentina y chequea la línea de estribor que va al eje de cola.

Aún no se había movido el motor principal, estábamos en “atención”. Desmonto una plancha del piso inferior y bajo a la sentina con una linterna de seguridad. Voy recorriendo sentina entre tubos, pianos de válvulas, identifico la línea al eje de cola, la sigo y doy con la pérdida, a menos de dos metros de salida de la bomba, todavía lejos de la entrada al eje de cola y ligeramente significativa, como lo acusaba la intermitencia del manómetro indicador de presión de la bomba. Doy parte, recibo la orden de reparación y procedo, La pérdida se ubica en un flange de empalme. En diez minutos había salido de la sentina, subido al taller en busca de las herramientas necesarias para el desmontaje y cambio de empacadura y regresado otra vez a la sentina. Mientras el Oficial de guardia y el aceitero de turno mediante un bypass ad-hoc, desviaban el flujo de aceite para cegar la línea donde estaba la pérdida y lubricar por línea de emergencia los cojinetes del eje de cola.

Las sentinas son bastante oscuras, trabajar en sus lugares requiere buena iluminación, no obstante la maraña de tubos y válvulas más el bajo techo que te

da el piso inferior de la Sala de Máquinas disminuye —a veces severamente— la efectividad de la iluminación disponible.

Sentado sobre el volante de una válvula trabajo en desacoplar el flange para la reparación en cuenta. La maniobra está en su fase final. El Motor Principal está a bajas revoluciones pero en marcha continua. De pronto sientes que aumentan las revoluciones del Motor y tu sigues trabajando. Me he detenido unos segundos para enjugar el sudor de la cara, levaté el cuerpo y quedo sentado “normalmente” sobre el volante de la válvula desde donde operaba. Son segundos los que me he detenido, aprovecho el breve descanso y tomo unas bocanadas profundas al respirar y...swiitd-swiitd-swiitd...qué es ese silbido me pregunto mentalmente al tiempo que me inclino ligeramente y volteo auscultando dirección y ubicación del silbido.

Horror, Dios mío del cielo y dos, tres, cuatro golpes me sacuden el corazón y un frío latigazo me sube desde el escroto al cerebro en viaje de ida y vuelta. A escasos centímetros de mi cráneo pasaba el macizo volante del Motor Principal, una masa de hierro naval de por lo menos dos toneladas de peso.

No vi a la implacable, ni recuerdo si pensé en ella, pero después, en la soledad de mi camarote, todavía impactado por el susto, supe que se reía gozosa del volumen alcanzado por mi ola de pánico.

La próxima fue una rabieta injustificada por diferencias de criterio con la Gerencia de Operaciones, (ellos tenían la razón, y un joven arrogante no quiso admitirlo) me llevó a renunciar de CAVN. Entré a trabajar en Shell, transporte de hidrocarburos.

Sus buques estaban rígidamente especializados. Eran embarcaciones en su última etapa de servicio, lo que no había mermado gran cosa su rendimiento. Me enrolaron de Tercer Oficial de Máquinas en el Shell Manaure, un buque-tanque gasolinero. Después de cargar y durante la navegación el pequeño tanquero se veía envuelto en una espesa y nítida aura de gases azulosos, producto de la evaporación constante de gases escapando por válvulas con el empaque o el sello desgastados, o por los tubos de aireación, o los de sonda, cuyas tapas de seguridad perdían parcialmente su estanqueidad.

Nadie se extrañaba de esas condiciones. Sabíamos de los riesgos, se suponía una conciencia al respecto. En la práctica estaba claro que no había un sistema de normas oficiales. La OMI, Organización Marítima Internacional recién decretada aún no regía el Tráfico y Comercio Marítimo Internacional. Como norma sistemática solo existía la prohibición de fumar fuera del salón comedor o en el camarote privado y no existía nada parecido a un protocolo de seguridad a seguir.

Una tarde debía relevar el turno del Primer Oficial, durante la media hora que el emplearía en cenar. Como era de rigor íbamos full carga de gasolina tomada en el terminal de Bajo Grande (Costa Occ. del

Lago) rumbo al terminal de Catia la Mar. El Manaure y su gemelo el Murachí (Gasero) eran buques con la Sala de Máquinas a popa y la Ciudadela (Puente de mando acomodación de oficiales y salón comedor) al centro. Una pasarela de unos 50 metros de longitud sobre los tanques centrales, comunicaba las dos secciones. Listo para el turno de relevo salí del camarote y al tomar la pasarela en un gesto totalmente mecánico saqué del bolsillo de la camisa una caja de cigarrillos y me lleve uno a la boca para continuar con la misma mecanicidad inconsciente a encenderlo. Había cubierto un tercio de la pasarela al sacar los fósforos, caminando envuelto en la azulada e iridescente nube de gases de los tanques. A punto de raspar el botón rojo de la debacle explosiva, algo detuvo mi brazo... y eche a correr al camarote. No pensaba, actuaba como hipnotizado. En el camarote di un tirón a una gaveta y saqué tres cartones de cigarrillos, abrí la claraboya y los tire al mar. Fue la tercera o cuarta vez que dejé de fumar, un vicio tan fácil de abandonar, que lo dejé en diecisiete ocasiones.

Por la noche después de mi turno de guardia, en la cama, pregunté con insistencia quién había tomado mi brazo para detenerlo tan bruscamente. No lo supe entonces y después, sin proponérmelo lo sepulté como recuerdo. Faltaba mucho sin embargo y en poco tiempo lo constaté. Las vi feas al volante de mi vehículo en cuatro oportunidades, tres en la carretera y la última de esas en la ciudad a punto de caer al Guaire tras violento choque de un loco que huía, o perseguía

a otro y full velocidad se desplazaban haciendo eses entre el denso tráfico de las siete de la noche.

La tercera del género, en la carretera fue de locura. Una gandola sin carga con todo su atelaje de doble remolque y ruedas rin 24, se nos vino encima por el canal que nos correspondía, pasando a un camión cargado en una rampa de casi 200 metros, la gandola subía, yo bajaba. Al ver el monstruo venir de frente a todo dar, colegí de inmediato: Es un demente y está drogado, sabe que su animal puede aplastarnos sin que a él le cueste un rasguño. Está aparejado al camión, no le alcanzará el tiempo para pasarlo y acomodarse en su canal sin llevarnos por delante. Eso me tomó centésimas de segundo y generó la reacción de un héroe de comiquitas Frené al instante, puse retroceso y aceleré subiendo en contrario. Por fortuna nadie venía detrás de mí. Retrocedí casi cien metros hasta que el loco endemoniado se libró pasando al camión y tomó su canal. Los milagros existen, lo estoy contando, o “ella” me hizo reaccionar a tiempo y tan velozmente.

Unos treinta años después que un brazo invisible detuvo el mío, ya dispuesto a encender un cigarrillo en la cubierta de un buque-tanque cargado de gasolina, navegaba por el Indico rumbo a Sri Lanka, volví a estar en la mira de la cráneo desnudo y su guadaña. Esta vez nos llevó al límite pulsando emociones básicas, que pincha y escarnece agregando cortinas de incertidumbre, multiplicando tu angustia, la desesperación y los miedos que te atenazan. Te coloca un pie

en la delgada cornisa del abismo insondable y lanza el albur de sus siete dados negros, decisivos.

Después se presentó cuál voz invisible desde un lugar múltiple posible solo en sueños y habló, dijo, o susurró en mi oído y grabe las frases cabalísticas de una advertencia, o de un consejo, tal vez un escueto anuncio, no se. No lo descifro, pudo ser un murmullo bromista de ácido humor hiriente.

Muy lejos, después de noches olvidadas y algunos días veloces, terminados en minutos le escuché de nuevo clara y nítida la voz cavernosa e inconfundible de las edades mitológicas. Si no sabes descifrar el juego de la vida y de la muerte, no mereces el aliento que respiras, ni el latido que te sostiene.

Sorpresas y secretos

El problema del Covid-19 sacó de quicio a Orlando, las consecuencias eran inimaginables, afectaban todo. La dimensión vital de la población en cualquiera de sus estratos sufriría un cambio notable para el que nadie estaba preparado. Él en particular tendría que volcar sobre una gran esterilla toda su joven ciencia sociológica, y analizar de qué forma golpearía sus experimentos sobre “Dinámica del Trabajo Constante y Reposo Mental programado”.

Esta descarga universal de la que nada escaparía, asataba un mazazo a los hábitos y costumbres de una sociedad cuyo dinamismo alcanzaba ritmos vertiginosos en sus actividades, sin que ni la más reposada o espiritual que fuese, sostenida por un suave y paciente sucesión de pasos deslizándose por un cuerpo en Samahdi, escapaba del casi alocado ritmo de la sociedad del Siglo XXI. Orlando, estudiante avanzado de Yoga, viene de dos horas presenciales de un diplomado universitario para Docentes. Le quedan 45 minutos para asistir a un almuerzo homenaje al ganador del Premio Príncipe de Asturias, donde le asignaron el discurso de orden. Luego desde las 2 y 30 atenderá una reunión tutorial con dos alumnos del Instituto Politécnico Industrial donde dicta la materia “Relaciones Institucionales entre la Empresa y el Estado”.

Desplegando semejante tren de actividades desde sus primeras pasantías universitarias:, llegó a estar a pun-

to de un colapso físico. Negado a podar su apretada agenda, estudió las funciones y operaciones de cada sistema vital del organismo con la asesoría de un amigo indostano fundador y Magister supra de una asociación en pro de la paz y el amor universal.

Orlando mantiene su frenético ritmo de actividades sin más consecuencias que la necesaria disciplina monacal monitoreando su programa. Y de pronto una violenta detención por la emergencia sanitaria, le arroja sobre una soledad arbitraria y el recogimiento, un tajo cercenando su dinámica de joven ejecutivo ambicioso de progreso y prestigio social; obligándolo además a cortar sus entrenamientos para correr los próximos maratones mayores.

Pero no solo este corte imprevisto a su tren de vida le angustia. Tiene una preocupación adicional, Rafael Octavio.

La relación entre ambos es de padre a hijo, pero lejos de conflictos, Octavio veía en su hermano mayor el ser humano integral, casi perfecto, tal como él desearía ser. Huérfanos desde seis años atrás, Orlando de 18 cursando un primer año universitario y Rafael Octavio de apenas trece, quedaron bajo la tutoría de un tío, hermano de la madre y padrino del pequeño, quien de buenas maneras aceptó velar por sus sobrinos y administrar sus bienes, la herencia de una boyante empresa agroindustrial de renombre y otras posesiones, entre bienes raíces, participaciones de alto fuste en dos bancos de la ciudad y una singular colección de antigüedades.

El doctor Saúl Gonzalo Suárez de La Torre, Ingeniero Industrial, Economista y furibundo melómano era un caballero de treinta y ocho años cuando tomó bajo sus riendas la vida y destino futuro de sus sobrinos. Las familias nunca tuvieron preocupaciones económicas, dos o tres generaciones ancestrales que ciclo tras ciclo incrementaron sus fortunas. Saúl joven, profesional exitoso, educado en las buenas maneras y cortesía elitesca. Tenía su cara oculta en la ambición de altas posiciones internacionales en el sector de la Industria de Maquinarias Pesadas.

Los sobrinos aceptaron gustosos a un tutor consejero como el tío del que tenían gratos recuerdos de vacaciones en la montaña, su camaradería, fino sentido del humor y gentilezas sobresalientes los fines de semana en el apartamento de la playa, les llevó a pensar que había sido casi un premio tener un padre sustituto de tal calidad.

El dolor de cabeza de la obligada cuarentena para Orlando, fueron las actividades en suspenso del ciclón energético de su hermano tanto que se burla de la reposada actitud de él en casi todo lo que hacía o realizaba. Octavio sentía que a Orlando le faltaba chispa, velocidad, algo más de calor, una “vibra” más alta, más fuerte, más lejos, y repetía uno de esos lemas pegajosos que promocionan el deporte olímpico. Se explica que las olimpiadas eran precisamente el nudo gordiano de la cuarentena para el menor de los Alcántara Suárez. En el tormentoso ritmo de acciones y actividades del chico ostentaban la máxima

prioridad sus entrenamientos para los cien metros libres en natación y doscientos metros espalda en los próximos Juegos Olímpicos.

Orlando sentía que podía superar el trauma del violento corte sufrido en sus actividades, en particular, sus compromisos comunitarios al sur de la ciudad y los de profesor universitario en dos maestrías. Le afectaba más suspender el viaje a Roma, a la Asamblea Bienal del Congreso sobre la materia que dicta en el Politécnico. Por segunda vez se le frustraba conocer la Ciudad Eterna, de la que su tío Saúl le había descrito la fachada para el turista, así como el laberinto de rincones ocultos de la ciudad donde vivió tres años. A todas estas novedades las daba por superadas. Sus esquemas mentales programaban rápido la adecuación a una “nueva normalidad”. Con Rafael Octavio era diferente, por su juventud, la pasión y entrega que derrochaba en la piscina de entrenamientos, donde a diario se imaginaba con cada brazada una medalla dorada en tiempo olímpico record, como lo señalaban las proyecciones numéricas hechas por su entrenador.

Su chamo campeón podría desmoronarse o hacer cualquier locura.

Rafa octaviano, cognomento usado solo en familia, tenía el temple y la fortaleza anímica suficiente para soportar el mazazo, se decía Orlando, pero también ese espíritu estaba cargado del bullicio hormonal del adolescente. Lo ha tomado con serenidad estos pocos días transcurridos, en los que dedica por lo

menos hora y media más de “paliza física reglamentaria” en sustitución de las piscinas.

Aunque la tutoría ejercida por el tío había prescrito, la estrecha relación familiar con los sobrinos y ahijado, precisamente el menor, sería un apoyo valioso a la hora de cualquier evento. El contrato de tutoría cesó al cumplir Orlando su mayoría de edad. Había una cláusula que disponía la prolongación, por lo menos para continuar administrando los bienes, Peo fue justo ese rubro el menos afortunado del gerenciamiento del Dr. Suárez, un tanto utopista en sus planes. Empeñado en trascender internacionalmente en la producción de Maquinaria Pesada, pese a su fortuna personal y el crédito que suponía los bienes de sus sobrinos, no era suficiente músculo financiero para competir con empresas de la Unión Europea y menos con los asiáticos. Un poco a regañadientes Orlando le autorizó para un pool con un consorcio Indo-brasilero. Una sucesión de crisis en el Gobierno amazónico y revueltas sociales en la India, atentaron contra el proyecto. Sufrió retardos, uno tras otro. El presidente del consorcio por parte del Brasil fue acusado de violencia sexual por dos exsecretarias y de haber sobornado a varias instituciones crediticias de países latinoamericanos. En las pérdidas sufridas quedó hipotecada la infraestructura material que el entusiasmo de Suárez de La Torre impulsaba. Bienes y capital de ambas familias acusaron un mordisco considerable.

Una semana después de oficializada la cuarentena a una llamada del doctor Saúl, respondió Or-

lando. Saludó a su tío cordial y respetuoso a la vez, preguntando luego por las perspectivas observadas desde su encierro. Suarez saludó a la recíproca y respondió brevemente. No significaba algo especial. La soledad, aunque no tenía vocación de ermitaño, nunca le molestó y enfatizó que más bien la disfrutaba. Comentando que pocos estarían realmente solos pues la mayoría está con la familia o parte de ella. Después de un breve silencio agregó que tal vez así compartirían más o tendrían constantes problemas por falta de hábitos participativos.

La respuesta de Orlando fue que si tropezaban con esa piedra les tocaría resolverla.

El encierro transcurrió para los Alcántara Suárez sin problemas, no obstante los temores de Orlando respecto de su hermano. Una tarde durante un período de flexibilización de la cuarentena debieron salir al Centro Comercial cercano en procura de un medicamento. El viaje no pasó de veinte minutos, toman la vía de regreso. No habían cruzado palabra hasta el momento y al pasar un breve bosquecito Rafael Octavio voltea la cara a su derecha, contempla la floración de un Flamboyant derrochando fuego en su torrente de rojos y rompió a llorar.

Después de cenar Orlando intentó estimular una charla. No forzaba el intento, lo conocía de sobras y pudo conducirlo a confesar los motivos de su llanto. La casa de la hacienda “La Esterlina” la estancia mayor en extensión y antigüedad de los Alcántara, donde pasaron casi toda su primera infancia y visita-

ban asiduamente, colindaba con otra gran estancia de tipo similar, extensa zona de pastoreo, aprovechada intensivamente, siembras de frutales, huertos y jardinería, adquirida por una ruidosa pero encantadora familia de origen italiano cuya descendencia de cuatro hijos la integraban tres hermosas niñas y un varón. Las hermanas eran Cora, Zoraida y Aura Cecilia.

La vecindad y la misma línea de negocios los acercó rápidamente. Se visitaban con frecuencia y alternaban durante vacaciones. Cora la mayor y Aura Cecilia eran dos hermosas niñas rubias. Zoraida era una bellísima morena de piel durazno y ojos almendrados que recordaban la ascendencia mezzo-oriental de la madre. Las tres eran muy seguidas en edad. En las últimas vacaciones pasadas en la hacienda, unos meses antes del accidente aéreo donde fallecieron sus padres, Orlando les contó que estaba enamorado de las niñas y no sabía cuál elegir, aunque se inclinaba por Zoraida que de paso era la que más simpatizaba con él, pero que no iba más allá pues era una chica algo tímida y reservada.

Rafael Octavio leía en una salita al lado del recinto donde Orlando y sus padres charlaban. En un hermoso patio de recreo entre los jardines y el huerto de La Esterlina descollaban dos frondosos Flamboyant separados por unos siete metros, espacio cubierto por un cómodo banco de madera y un columpio. Sentados bajo los tímidos primeros brotes florales del hermoso par de árboles, Rafael Octavio y Zoraida hablaban allí tres días antes. El joven Alcántara confesó a medias

su amor y si bien no obtuvo respuesta significativa aún tiene grabado cada milisegundo de la dulce mirada que le dirigió Zoraida, al tiempo que acompañaba su flujo de ternura, con un suave apretón de manos que le condujo hasta el dintel de la gloria.

Orlando escuchó conmovido el relato de su hermano. Piensa en los hechos y cae en cuenta que jamás tuvo idea de aquel suceso hasta este momento de la confesión y percibe que hay otro lazo de unión entre ellos. Ambos se abrazaron en silencio por largo rato. Se separan y continúa el silencio. En sus ojos se refleja la intensidad de las emociones y el sentimiento que les embarga.

Orlando se volvió y después de sentarse, distiende hombros y piernas y casi en susurro recuerda que nunca volvió a saber de Zoraida. Octavio acompañó la última frase del susurro de Orlando, pensando en voz alta “como si ella hubiese muerto”. Pura saudade al asalto del alma.

El Disgusto de Bolívar comenzó en Caracas

Nicomedes Guillén Andújar, Profesor de latín y Paleógrafo, Director de la Escuela de Letras de la UCV, viudo desde una decena de años y a punto de jubilarse, ha encontrado un nuevo pasatiempo para sus ratos de ocio este último año de residencia en la capital. Dos o tres tardes por semana llega con un libro a la Plaza Bolívar, y se dispone a leer después de contemplar unos treinta segundos el hermoso bronce ecuestre de Tadolini. Esta tarde algo más temprano que de costumbre dio una vuelta a la plaza, llegó y contempló la estatua, después saludó a los “edecanes del Libertador”. Acercó su silla al lugar ocupado por Don Rafael Aguilar, uno de los más antiguos edecanes, con el que comparte aficiones: música, el teatro y Bolívar. Comenzó a leer y tres páginas después cerró el “*Curso de Lingüística General*” de Saussure. Pensaba como proseguir su investigación y con el pretexto de conocer el origen de los edecanes, quién les bautizó y desde cuando regía esa tradición de la ayudantía simbólica, Guillén cultiva la amistad de Don Rafael en su afán de perseguir la leyenda, ahora oculta, de una estatua de Bolívar que una vez habló.

Don Rafael le había contado lo que sabía de los edecanes y algunas deducciones de las que no daba constancia, advirtiéndolo previamente su ignorancia formal al respecto. Guillén le interrumpía a veces

muy cortésmente y un rodeo aquí y otro más allá fue armando trozos de lo que el difunto hermano mayor de Don Rafael, le contó bajo juramento de secreto, razón para no dar detalles de lo que por primera vez contaba a otra persona.

José Augusto Aguilar descubrió por casualidad que la estatua tenía vida. Tres días seguidos se dio cuenta que Bolívar miraba a varios lados breve tiempo, nunca más de un minuto. Decidió ir en la alta madrugada a observar la estatua y tratar de comunicarse con el bronce que miraba a todas partes, como en busca de algo que observar. La estatua lo vio, no le habló pero le decía con el pensamiento: “Ven mañana, quiero ver si es posible”. Dos días seguidos dijo lo mismo, el tercer día casi le habla. Después dijo con énfasis “No, aquí no puede ser, ni lo será”. Lo repitió tres veces o por lo menos así lo sintió José Augusto, que intrigado por la frase aguzó sus sentidos en un esfuerzo mental por continuar la comunicación. Inútil empeño, solo sintió una gran desolación. De nuevo el centro de la plaza lo ocupaba una estatua y no volvió, a cobrar vida.

—Mi hermano casi enloquece. A diario iba a la Plaza y en forma disimulada trataba de lograr una mirada de la broncea figura. Lo peor fue que a nadie confesó su angustia. Me contó todo, una semana antes de morir. Todo, sus empeños frustrados, su desesperación ahogándole.

—Me quemaba la ansiedad de conocer el asunto en detalle y consciente del irrespeto que sería pedir a

don Rafael me confiase los detalles que su hermano le confesó pocos días antes de morir, en torno a la estatua viviente, armé una versión a base de rodeos, deducciones, análisis y preguntas sorpresivas de asuntos colaterales. Nunca pude confirmar que mis apuntes del caso tuvieran una base sólida y confiable. Ocho meses más tarde, recibida la jubilación inicié el proceso de cortar lazos y raíces en la capital. Con el ajetreo de las clases por despedir y cumplir tres tutoriales que impartía a jóvenes tesisistas, aparté de la memoria y despedí por largo tiempo el recuerdo de lo poco que sabía del misterioso fenómeno de la estatua viva.

Una carga pensante adicional la constituía el regresar a la vieja casa de la familia, ahora de su única propiedad luego de recibirla en herencia y restaurada a sus expensas en labor de año y medio de reparaciones mayores y minuciosas labores artesanales. Con la disposición internalizada de mostrarse satisfecho en ocupar la casa restaurada, cuna de tres generaciones de sus ancestros. El Profesor Guillén Andujar liquidó un cuarto de siglo de estancia en la capital del país dejando muy pocos cabos sueltos, de los que uno solo mantenía el peso suficiente para causarle cierta desazón, dejarlo atrás y apartarlo de su vida. Con 64 años de edad en una complexión todavía atlética, estaba muy lejos de ser considerado un anciano. Un poco antes de cumplir el tiempo de jubilarse, conoció a Simonetta, recién llegada al claustro universitario al frente de un grupo de tres superviso-

res, funcionarios de la UNESCO que debían constatar mediante una exhaustiva auditoría, dato por dato, hoja por hoja, cifra a cifra, el legajo documental de apoyo a la solicitud de reclasificación de la UCV en el ranking de Universidades Latinoamericanas.

Nicomedes Guillén Andujar, en su calidad de director de la Escuela de letras fue convocado a la reunión de presentación del grupo de funcionarios que explicaron el objeto de su tarea, la metodología de trabajo a emplear -lo menos intrusiva posible- y el tipo y grado de colaboración que esperaban del cuerpo profesoral, en particular de los directores de Facultades y de Escuelas. ,

Simonetta Díaz Guerini doctora en Física y Matemáticas, Licenciada en Comunicación, y magíster de Análisis Transaccional y Comunicación Corporativa Sistémica, se ha destacado como escritora. Veneton Edition Inc. además de su editor, asumió su agenciamiento a raíz del éxito de “Estructura cuántica de la materia inorgánica”. Pese al abultado curriculum, soportado por sus doctorados y su exitosa carrera literaria, es una mujer muy diferente en su interrelación social, afable, educadísima, de melodiosa voz y perfecta modulación sin afectación.

Guillén Andujar se negaba a comprender su necesidad de viajar a Caracas con cualquier pretexto. Su primo hermano Roseliano Díaz Andujar, quizás el único lazo que le recordaba su infancia revoltosa plena de ríos, curiaras y bosques cercanos, era ahora un

ganadero reposado bien dispuesto para una charla, café y dos brandy pero se ausentaba con frecuencia a su hato donde pasaba hasta una semana solventando cuestiones relativas a sus negocios. Se dio cuenta del embrollo mental de Nicomedes, y lo abordó directo y sin anestesia.

—Nico no se pueden borrar veinticinco años de nuestra vida con solo decirlo por el supuesto deseo de volver a viejos caminos y toda esa paja de añoranzas por lo que ya no existe. Te queda mucha vida y debes tomarla donde alcanzaste tus cimas profesionales, en la ciudad que te dio nuevos amigos y colegas y quién sabe si otros cables por conectar. Mis dos hijos ya dominan los hilos de este negocio del ganado... Me estás oyendo Nico?

—Claro, claro pero estaba pensando en lo que me dijiste antenoche, -sí Nico, le interrumpe, a mi siempre me gustó la casa de mi tía,

—¿Y eso qué significa primo?

—Véndeme la casa Nico...

Convencí a mi tío Roseliano que podía organizarle su biblioteca. No sería un trabajo profesional pero le permitiría facilitar la búsqueda de cualquier título mediante un orden elemental, pero funcional y probado en bibliotecas familiares de mil quinientos y hasta dos mil títulos. El local disponía de suficiente espacio donde colocar los textos por temas. Acordamos que durante mi próxima estadía para finalizar la venta de una finca, previamente pactada y solo pendiente de la documentación legal. Dedicaría

tiempo a la tarea organizativa de sus libros y de paso considerar la edición de varios manuscritos originales amontonados en una caja.

La casa del tío de estilo colonial clásico, ubicada en una calle adyacente a la plaza Bolívar de la ciudad, era la segunda desde la esquina. El retiro legal obligatorio de una nueva edificación al frente, permitía desde las ventanas de dos de sus habitaciones -una de ellas, la biblioteca- la visión casi total de la plaza.

Un domingo de fiesta nacional a cinco días de llegar y concluir la venta de la finca, me dispuse a comenzar el trabajo de la biblioteca. Luego de un breve desayuno inicié mi tarea. Entré al local de la papelería y pocos minutos después escuché ruidos y ajetreos provenientes del exterior, pero aunque una caja con paquetes de papeles, cuadernos y carpetas llamó mi atención, quise averiguar a qué se debía el barullo externo y me acerqué a la ventana, justo al momento que el ruido subía de tono con un coro de chirridos metálicos y diálogos sazonados con “tacos” propios del lenguaje callejero. Un grupo de obreros de la municipalidad alistaban detalles de la ofrenda floral del día al Padre de la Patria, culto celebrado en el país en cada uno de los cientos y más celebraciones que constantemente interrumpían lo que debía ser una rutina normal de trabajo. Los obreros colocaban los atriles para la banda musical encargada de “ejecutar” el himno nacional y tal vez algún aire marcial de complemento.

Cada cierto tiempo dejaba de lado libros y papeles, me asomaba a la ventana y detallaba lo que ocurría

en el cuadrado recinto. Cercana las diez de la mañana los músicos tenían las partituras listas y revisaban sus instrumentos. Los personeros del gobierno local llegaron a la plaza. El clero se hizo presente en la persona del Obispo y dos ensotanados más. Minutos después marcaba territorio el ejército con cuatro militarotes luciendo sus mejores galas.

Continuaba vaciando la primera caja de papeles que había apartado al inicio. Tomé uno de los fajos precintados y comencé a leer; Deje de lado una poco feliz introducción pero aumentó mi interés al observar que el texto reproducía paso por paso los mismos sucesos que se estaban escenificando ahí, al frente de mis ojos, con solo asomarme a la ventana. Nada menos que la infaltable ofrenda floral al Padre de la Patria y el consabido discurso eran el tema del texto en mis manos. Una hoja suelta entre los papeles confirmaba el caso. Decía ser un esquema de trabajo y anotaba detalles además del título de lo escrito: *“Fábulo-herrejía en tres partes, con discurso y arrechera del Libertador”*

No había duda, el texto en mis manos y lo que sucedía en el recinto de la plaza eran exactamente lo mismo... El acto que mi tío narraba se estaba escenificando al frente de su casa. ...Ahh, una fotografía algo amarillenta, adosada a los papeles con un clip medio oxidado mostraba un grupo en actitud clásica de ofrenda floral pueblerina. De pronto me vi obligado a decidir que atender si el texto que tenía en las manos o las escenas que se iban sucediendo en la plaza, cual muestra en vivo de lo que leía...Opté por

continuar con la lectura e imaginar que en la plaza se escenificaba un guión escrito por mi tío; una fantasía de mi parte que me llevó a continuar leyendo hasta llegar a los puntos suspensivos del final, donde el narrador concluía con una disparatada solución, su no menos absurda anécdota que envolvía al más desconocido de nuestros mitos. Al día siguiente transcribí el texto a partir desde donde subrayado, se leía:

El acto

Era una de las tantas fechas patrias celebradas en el país, aunque igual pudo haber sido el Día del chichero, del economista, de la taquígrafa zurda, o de la Batalla de las Horquetas, para el caso era lo mismo. En la Plaza Bolívar de la ciudad se habían reunido alrededor de la estatua del héroe una fauna de discurseadores, personalidades representativas de las llamadas fuerzas vivas, tres o cuatro militares, el amadísimo pastor de la grey, otros dos asotados adláteres del anterior; varios funcionarios del gobierno de turno, provistos por la sargentería regional de los partidos pactantes para el disfrute de la teta presupuestaria; los directores de las altas casas de estudios, el director de El Pregón, diario regional: dos poetas verseros, una que otra dama de alto copete y los “ponedores” de diplomas del Centro Histórico local.

Los músicos ya dispuestos a “ejecutar” el Himno Nacional con un aire molto ramplón y vivace de merengue, característico de las bandas de pueblo. Aquí y allá tres o cuatro adolescentes curiosos, vecinos del lugar,

los policías del edificio de gobierno, un vendedor de raspados y un cotufero, un fotógrafo con su armatoste de principios de siglo, un grupito de mujeres con bolsas de víveres de un mercado cercano y aunque parezca mentira, ningún borrachito. Un estirado señor entre asustado y confuso, consciente a medias de la ridiculez de su papel, dio inicio a la abominable escena -repetida hasta el cansancio- de dar lectura al programa que regiría la ofrenda floral del día. Alguien carraspeó. El gobernador bajó los ojos, quizás transportado por la grandeza patriótica del instante o pensando en la “pela” de la noche anterior jugando al dominó -de las pocas cosas que medio sabe hacer- se miró el rutilante calzado comprado en “Jordan’s”, recompuso el rostro circunstancial de sobriedad en tres lecciones y se acercó a su secretaria que charlaba con Arturo R. Hernández, director de “El Pregón” y una joven periodista, ruidosa celebrante de las agudezas trasnochadas de Hernández, alardeando de playboy recién ensamblado. Un perro soltó un aullido, dio un salto y tumbó el atril del trompetista, el bajista acuñó el arco de su instrumento al lomo del cánido, que con otro aullido se perdió entre la rosaleda inmediata al grito de “púyalo, que va en bajá...” del cotufero y tres o cuatro sonrisas clandestinas.

Prosiguió el acto

Las palabras de apertura fueron regurgitadas y noté, al anunciarse la ofrenda floral, como si el brazo derecho del Libertador se inclinaba un tanto y su vista

bajase hasta el lugar ocupado por el señor obispo, robusto sacerdote de ascendencia vasca, según lo atestiguaba su horrible apelativo: Bertacuttiexsa, al que medio mundo con la más cruel intención llamaba “Bergatiesa”. Alucinaciones...el ratón de anoche, pensé; pero apenas el Gobernador y el General de turno se acercaron con la corona, relinchó el caballo de Bolívar, dio un salto y cayó justo frente al grupo principal al tiempo que el héroe, blandiendo su espada la descargó con inusitada furia sobre el primero que topó, para su mala suerte el prelado obispo, al que remató con otros dos cintarazos cruzados. Destatada su furia, la emprendió contra la esmirriada humanidad del larguirucho Secretario de Doctrina de la Sociedad Bolivariana, a quien del primer planazo afeitó en claro un panadizo pelúo que lucía don Crispiniano Linares Yépez en la mejilla derecha.

Aquello fue increíble, sino lo hubiese visto jamás me habrían convencidos que semejante espectáculo sucedió justo en la plaza Bolívar de la capital llanera. Cuando escuché el barullo de gritos, retumbar de cascos, alaridos, imprecaciones, ruidos metálicos; corrí hacia la ventana que daba frente a la plaza. ¡Qué, no puede ser! Exclame para mis adentros. Bolívar repartía mandobles a diestra y siniestra y arrollaba con su cabalgadura lo que encontrase por delante. El despelote y la confusión eran la pauta. Atónita, demudada, misia Cayetana Sierra de González, cófrade de las Hijas del Santísimo y eterna presidenta de la Sociedad Pro-fondos del ancianato citadino, los ojos casi desorbitados,

pudo al fin elevar en aterrador bramido un “1Aaaave María puríiiiiima sin pecado concebida!” y corrió a brindar auxilio a su eminencia. Bolívar, que increpaba furioso “blandiendo su invicta espada”, la fulminó con la mirada, al tiempo de gritarle:

—“Beata bolsa...” y al ademán de sablearla, la descompuesta señora de Jiménez se olvidó de su Eminencia, de sus achaques y remilgos de señora bien, para emprender tragicómica carrera entre sotos y breñales de la plaza a todo cuanto daban sus no muy seguras máquinas de batir barro.

—Ociosos... Profería EL Libertador, fulgurante de prometética rabia la mirada y la voz.—Vagos sin oficio, depredadores de mi única gloria, la de haberos liberados de cadenas que habéis vuelto a enredar en vuestros cuellos. Sarta de alimañas; dejadme TRANQUILOO...

Y sablazos van y tajos, mandobles y sablazos vienen. El prefecto tenía un tajo en una nalga. La directora del Ateneo local, doña María Antonia Ríos Saldívar, en alocado cuanto histérico intento de poner espacio de por medio, tropezó y cayó enredada casi entre las patas del caballo de Don Simón, que trató de no atropellarla, no obstante la bestia al saltar a un lado, le rasgó tres cuartas partes de una maxifalda de moda, dejándola medio en cueros, llorosa, magullada, confusa y traumatizada hasta el hueso su fe patrioter.

Del Gobernador y el General no quedaba ni el recuerdo. Tan pronto bajó el héroe de su pedestal y se plantó a repartir mandobles, ya ellos estaban corrien-

do a denunciar el caso en la Disip, donde llegaron a todo lo que pudo dar el volumen de sus abdómenes. Hernández, el joven periodista y ejecutivo había desaparecido con los ojos saltados de pánico y el bigote hirsuto en terrores, dízque buscando a un redactor para encargarlo a título de enviado especial, una de sus manías de recién llegado a la profesión. El pandemónium se desató justo cuando el flamante director de “El Pregón” se enredaba explicando a un directivo gremial, la desincorporación (eufemismo por “patada en el culo”) de un redactor del diario dirigido por Hernández. El tipo en cuestión había denunciado la constante injerencia norteamericana en asuntos del país y aportaba elementos probatorios que Hernández, chorreado a más no poder, calificó de subjetividades con bases solo especulativas. Su editor le imitó en la antihigiénica reacción primaria y veloz por el hilo telefónico desde sus oficinas en la capital. Le dio tres días “y te quedan dos nada más porque el de hoy se cuenta” para que entregara su renuncia, previa advertencia de salir bien parado gracias a la época, “pues ocho o diez años atrás desaparecías y varios días después te encontraban en cualquier montarral con un mosquero en la boca...”

La plaza era un maremágnum de gritos, el piafar rabioso del noble bruto cabalgado por Bolívar, las voces profundas y tonantes del héroe, increpando y la barahúnda desesperada de aquellas seis docena de ociosos —como los llamara Don Simón— pugnando

por tratar de escapar indemnes de aquella furia desatada. Los curiosos se dispersaron a velocidad meteórica mientras los sucesos se precipitaron al punto que no habían transcurrido dos escasos minutos. De pronto, Bolívar observa al hombrecito del sarrúfono, horrendo instrumento que le producía especial enojo con sus destempladas y siempre desafinadas notas y trata de saltar sobre hombre e instrumento perdido el control de sus bien templados nervios -mil veces probados en duras circunstancias- ante aquel pequeño ser y su inofensivo y extravagante instrumento. El bajista que se mantenía poco menos que petrificado, como el resto de la banda, reaccionó y trató de huir, tropezó un banco de la plaza y soltó su voluminoso violón al instante de ver al héroe volver grupas hacia ellos. Cayó el abuelo del violín con gran estrépito y el noble bruto cabalgado por el héroe lo trituró entre sus patas. El sordo ruido de maderas astilladas y el saltar violento del cordaje destruido encabritaron al animal y pudo salvarse así la banda de victimarios de Euterpe, de los mandobles que la actitud de Bolívar prometía de inmediato, en especial al sarrufonista, quien con la singular intuición del hombre ante el peligro, ya veía al titán despedazándole las tiras de cobre de su soplanotas sobre la espalda..

El violento corcovear del animal provocó la inmediata reacción del jinete. Sofrenó en urgente tirón de riendas al bruto y este se levantó de manos quedando en ecuestre figura, tal su propia estatua. El breve respiro sirvió de contención al justificado despliegue

de iracundia y pasó Don Simón a observar el lamentable espectáculo de aquella desaforada caterva que aullaba, corría y vociferaba, entre imprecaciones, pujos y gemidos, saltando por toda parte y lugar hacia las afueras de la plaza. Las coronas lucían hechas cisco en desordenado montón. Los atriles cual esqueletos abandonados semejaban chatarra de ferretería. Trapos, girones, papeles y trastos regado aquí y allá. Cinco, seis segundos más y no quedó un alma en la plaza y sus alrededores, de por sí solitarios por tratarse de un feriado dominical, Bolívar exhala un suspiro y desmonta:

—Te portaste Palomo —dice, al tiempo de palmear las ancas y revisar el sudoroso cuerpo del animal buscando un rasguño—, lástima del enemigo —agrega irónico—, tan indigno de tu noble poderío de bruto y de mis pasados afanes... depredadores de mi nombre...pobres diablos a los que tanto amo, por los que tanto sufrí y aún no descanso...

No había rencor en sus palabras, solo cruda aceptación enunciativa de hechos y realidades.

—Pongamos un poco de orden aquí... y no te extrañe que nos acusen de guerrilleros. —dice a la bestia. Suelta las riendas y aparta cuidadoso y con rapidez trozos de coronas y arroja a un lado las más dañadas. Coloca en ofrenda las menos afectadas por el vendaval que provocara y levantó veloz los atriles ubicándolos en su sitio. Un alto brevísimo y se percata de tener aún tiempo disponible que aprovecha para enderezar un rosal y acunar algo de tierra fresca al dé-

bil tallo. No va más allá. El reloj devora los segundos a toda prisa. Otea pronto y minucioso con mirada de halcón los extremos de la plaza. Ve volcado el carro de cotufas, tal vez arrastrado en la huida de aquella troupe contra quienes la emprendiera minutos antes y concluye a sotto voce:

—Ese no fui yo... y pudo haber sido cualquier grupo de muchachos los causantes de los pequeños destrozos notorios a simple vista... vámonos Palomo.

Las sirenas policiales desembocaron veloces en la avenida principal adyacente a la plaza. Se escuchaba también correr a un grupo de curiosos acercándose. En la plaza propiamente, nada ni nadie perturban la pueblerina paz. La muda e inmóvil figura estatuaría del héroe, vigilaba el tiempo en su hierática y petrificada actitud de “gallardo campeón de libertades”. Uniformados y civiles invaden el geométrico recinto.

—Pero aquí no pasa un carajo — dice un oficial especial con cara y tipo de esbirro, al frenar la furiosa decisión de entrada frente a unas rosas deshojadas y nardos pisoteados, única muestra visible del caos anterior, detalle muy escaso que no revela ni indicios de lo que pudo pasar. Se agregan de inmediato cuatro, cinco... ocho agentes más, tres de ellos uniformados y portando metralletas los dos últimos. Al mismo tiempo se escucha el violento chirriar de dos frenazos consecutivos. Sendas camionetas llegan por la calle opuesta donde desembocara la patrulla anterior. Desenvainan peinillas los “guardias” y se abalan-

zan sobre sus compañeros al son de un: “qué pasa coño”; y al grito jefatural de: “¿Dónde es la vaina...? Los otros guardan silencio intentando curiosear aquí y allá, unos con la vista, otros en alarde exploratorio por las avenidas arboladas de la plaza... silencio...nada...

—Yo creo que'l general ta'pelao todavía —dice un sargento al tiempo de remedar gestos de alzar el codo y a la espera de una respuesta o una risotada celebrando su chiste.

—Y el Gobernador —dice el acompañante del que primero, metralleta en mano se apersonó en el sitio —ese guaro ta'loco...y que Bolíva andaba repartiendo plan...!qué bolas!

—Más pendejos somos nosotros que salimos como un tiro pa'esta vaina, creyendo en maricuras de borrachos —agrega el especial con cara de esbirro.

Todos se observan unos segundos. Los guardias bajan peinillas y clausuran en sus entretelas anímicas la agresiva actitud de mantenedores del orden público, ostentada al arribo a la plaza. Un recluta murmura y pega una mentá e' madre a media voz. Otro hace un chiste en torno al tamaño de los “cojones del caballo e' Boliva” y todos se van retirando del lugar.

El agente especial enciende un cigarrillo y se retrasa un tanto del grupo principal. Sus compañeros están abordando patrullas y camionetas. Los curiosos ante el chasco de no ver a nadie corriendo con una peinilla rozándole el culo, también se marcharon. El agente cara de esbirro tira la cerilla en brusco ademán a punto de quemarse un dedo. Un lapsus meditativo

lo entretuvo elucubrando en torno al frustrado suceso para el que se requirió su presencia, e igual había dirigido su mirada a la bronceada figura ecuestre... y sacude nervioso la cabeza, hace un gesto y piensa en paralelo: “Yo también ando medio tostaó...” y se retira pero sin dejar de pensar y monologar en silencio acerca de esa como sonrisa, que acaba de ver dibujada en los labios de la estatuaria figura.

El discurso

Desde el semi-oculto lugar donde observé los acontecimientos detrás de la ventana de la casa del tío Roseliano, no había perdido detalle de lo ocurrido. Claro estaba que no lo contaría. ¿Quién me iba a creer?... Pero bajé al lugar varios minutos después del retiro de las fuerzas policiales. Caminé solitario por el sitio. Miré a la estatua y sonreí, con cierta conciencia de estupidez por la certeza de no recibir respuesta. Caminé un poco más. Llamaron mi atención unas hojas de papel. Era el discurso. El nunca faltante discurso de rigor en cada uno de los actos similares celebrados de punta a cabo y de éste al rabo del país. En la ocasión, según los membretes del papel, el encargado de vomitarlo sería don Crispiniano Linares Yépez, el estirado Secretario de Doctrina de la Sociedad Bolivariana, quien ante la trascendental e histórica misión —que así se craneaba y montaba mojones don Crispi— llamando histórica a cuanta necedad se le ocurría a él o sus cofrades. Lucía sus mejores y ennafetalinadas galas cual el hombre que vendió al contado.

No resistí la tentación de leer las parrafadas. “Loado sea el señor!” exclamé en alarde de clasicismo parroquial al ver la ringongalla de lugares comunes y frases vacuas mal amuñuñadas, que don Crispi pensaba dispararle a la audiencia con su perogrullaico: “No soy yo el más llamado...”etc, etc., en su peculiar estilo tartajeante de voz campanuda y tono falsamente engolado.

Menos mal que el Libertador no oyó semejante sarta de pendejeras. Antes que sablearlos los hubiese decapitado en feroz degollina. Faltaban algunas medias cuartillas, y una estaba ilegible por haber caído en un pequeño charco. Leí algunos párrafos de aquel galimatías y llegué a la conclusión que se necesita tanto genio para la creación, como para el más absurdo de los disparates. Imposible albergar dudas. Don Crispi más que uno o dos planazos, merecía que lo colgasen.

La convalecencia del Arzobispo

Dos días después del tragicómico incidente, Monseñor “Bergatiesa” convalece del sancocho e’ planazos recibidos. Se le cata desvencijada nota anímico-moral al borde más crítico. Parece una hostia arrugada, mohosa por la humedad que aporta el aire saturado de su propio sudor convulso. Su coadjutor le acompaña y habla vaguedades intentando distraerle. Comprende el sacerdote el derrumbe moral de su Eminencia, furibundo y oscurantista bolivarero empeñado en ver solo al héroe homérico, el mito histórico del gran campeón de gestas y batallas, verbo encendido y luminoso, adalid de grandes proezas; para cerrar

ojos y entendimiento al fenómeno socio-histórico de profunda subversión política encarnado en aquel semidiós, cuya palabra y acción corrían paralelas a la honda convicción de la revolución forjada, conducida y cimentada en la libertad de cinco naciones arrancadas al yugo de la corona española, y que hoy, uncidas a otro carro por circunstancias posteriores y la cortedad de visión de quienes tomaron en sus manos los destinos nacionales, se debatían en mil contradicciones a la búsqueda del líder que les condujese a una nueva etapa de libertad.

—Los guerrilleros otra vez ... los guerrilleros —dijo su Eminencia...

Extrañado, el coadjutor pensó que el Obispo deliraba presa de un nuevo acceso febril.

No era descabellado pensar en delirios, más otro era el proceso en las cavernas mentales del superior jerárquico, que insistió en su ritornelo y dio la pista definitiva de sus elucubraciones:

—Sííí ... los guerrilleros... Heeerejeeesss...

Horas más tarde, enterado el coadjutor de cuanto el calenturiento cerebro obispal había forjado, relataría con detalles lo sucedido, según la disparatada versión de su Eminencia Cheverísima. El comisario de Cristo se negaba a comprender los hechos. Imposible admitir que Bolívar, su BOLÍVAR de tantos y kilométricos e insustanciales discursos en el Centro Histórico del lugar, no aprobase aquel ridículo culto, fosilizado por la fuerza de una costumbre centenaria. Así los delirios febriles concluyeron al encajar

el ilustre prelado de horrible apelativo una solución satisfactoria a su fe cristiana y patrioter. Aquello había sido un acto premeditado de agravio planeado y realizado con astronáutica precisión cronométrica por los guerrilleros.

Entre las últimas horas de la madrugada y los primeros claros del día, tomaron la estatua y la colocaron en un camión cubierto en la calle adyacente al gran estacionamiento de la plaza pública. Sustituyeron la estatua por un caballo y su jinete. La bestia, adquirida en un circo estaba especialmente entrenada. Fácil fue camuflar una pátina broncea con procedimientos facilitados por la tecnología subversiva extra-fronte-ras para hacer pasar el vivo conjunto por una estatua. Los detalles operacionales con su aparatosa complejidad, los absurdos de tal acomodación de sucesos, se resolvieron con esquemática simpleza en la versión construida por la afiebrada mente obispal, empeñado en un tour de justificación. Después aprovechando el caos y los breves momentos de soledad previstos en el plan, se logró en alarde de precisión organizativa al más exigente nivel, la sustitución a la inversa del conjunto vivo, por la imagen en piedra y bronce.

Tal, en síntesis, la convalecencia del comisario de Cristo y gerente de sucursal del negocio de Dios. Solucionado el dilema moral y restablecida su fe en el héroe ínclito, galopó una vez más sin penuria alguna sobre el mítico corcel de su bolivarianismo feudal. Los chichones, poporos, moretones y magulladuras de los

sablazos recibidos, pasaron al campo de la anécdota y su Eminencia Cheverísima continuó medrando y tasando pecados y penitencias, al par que disponía de las almas de su grey a su leal saber y entender.

El recuerdo colectivo tergiversó los hechos de tal manera que muy poco de lo que había sucedido quedó reflejado en lo que decantaron las diversas versiones circulantes, mezcla de una absurda mixtificación que, mineralizada en unos dos meses, era repetida como genuina verdad con el nombre de: “El disgusto de Bolívar”. Producto de cuentos, fábulas y folklore que mezclaban parte de lo sucedido con el cuento de los guerrilleros inventado en la curia y uno que otro disparate adicional en una gran mescolanza de realidad y desbordes de fantasía. Finalmente las diversas versiones se acoplaron en lo que a continuación resumo.

Nadie dudaba de la realidad de lo acontecido. El Libertador descendió de su pedestal en la plaza y repartió cintarazos a más y mejor en los lomos de varios fulanos poniendo en jaque a la ciudad y sus moradores. El despelote lo aprovecharon las Fuerzas de Liberación Nacional -vulgo guerrillas- para editar un panfleto supuestamente elaborado y entregado por el propio Libertador, donde convocaba al país a sumarse al “voto nulo” y a empuñar luego las armas para liberar la patria del imperialismo y la dependencia opresora neocolonialista.

Cómo fue que Bolívar se corporeizó y cobró vida desde el bronce y la piedra, fue solo asunto de explicación, rápidamente elaborada engarzando soberano

pastiche de esoterismos medievales, exorcismos plenos de su respectiva parafernalia al borde de la brujería, pseudo-futurismo cientificista y varios granitos de parasicología. Bolívar surgió en la ocasión del registro luminoso y reactivante de la historia, mediante el esfuerzo gigantesco de las potencias superiores del espíritu y la ayuda de las mil y tantas evocaciones demagógicas a su memoria, utilizadas gratuitamente para uso y abusos, por estadistas y parlamentarios, piratas y diletantes, técnicos y maestros, académicos y artistas, sindicaleros y patrioTTas, opositores, anarquistas, cavernarios y trogloditas. Desde oportunidades como la de estampar el ejecútese a una Ley de Nacionalización de monopolios extranjeros, hasta rutinas anecdóticas como la debelación del retrato de don Nepomuceno Rodríguez Carrillo —gloria egregia de la ciudadanía— en la sala de la biblioteca escolar que lleva su nombre en el barrio “El Gamelotal de abajo”.

La disparatada versión del caso la resolvían al final así: Bolívar fue capturado por un grupo de petejotas, disipoles y los muy antiparabólicos “guardias”, quienes en franco uso de su nunca desmentida y jamás menguada autoridad de hacer y “desfaser” el orden público, rodaron sin contemplaciones históricas o independentistas, al susodicho y ya nombrado Simón Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios Blanco y Sojo, con caballo montura y macundales y lo encanaron en un calabozo; y al día siguiente cuando el Poder Judicial en alarde de presteza operativa tomó cartas en el asunto con acto de presencia en

el recinto carcelario a objeto de un procedimiento especial, en razón de tan desmesurada burla de los guerrilleros a los más sagrados valores de la PaT-Tria...Horrible sorpresa. En el calabozo, la estatua en ecuestre figura del semi-dios de América, y de ñapa enguacalado...

Miiiireenn...Está VIVO

¿La estatua vive? Habían transcurrido unas pocas semanas de la supuesta planazón que El Libertador asestó a los fanáticos bolivareros del lugar, sucesos que no todos creían aunque lo comentaban-- y repetían como cierta una empastelada versión ensamblada con retazos de lo dicho en la curia, lo sucedido en la plaza y las especulaciones que varios grupos agregaron, hasta el colofón de haber dejado presa por doble acción, a la estatua de Bolívar. Primero encanado en un retén carcelario del DIM (la paradójica Dirección de Inteligencia Militar) y tras las rejas respectivas del recinto, inmovilizado en una rústica armazón de madera y flejes, es decir: “Enguacalado”, la mismísima esfinge estatuaria en bronce del ya nombrado Simón Antonio de la Santísima Trinidad, más conocido en las altas esferas heroicas de la historia como El Libertador.

No podía quedar en lo puramente anecdótico la descomunal circunstancia. Al cumplirse un año de la ofrenda floral que dio origen a la felpa de planazos del Libertador a los representativos ciudadanos y ver que a nadie se le había ocurrido repetir el abominable culto, más fuerte se hizo mi convicción que algo grande es-

taba por venir para aclarar en verdad el asunto y cerrar el caso. En efecto un día después del aludido aniversario comenzaron los rumores. Un grupo de estudiantes noctámbulos regresaba a sus casas de los alrededores del sur de la plaza, donde habían estado estudiando y comentaron haber visto algo raro en la estatua. Uno pensó y lo dijo, que la estatua parecía haberse movido. No afirmaron exactamente haberla visto moverse, pero sí que el brazo derecho, portante de la espada, estaba en una posición visiblemente diferente.

El grupo estudiantil fue objeto de severas críticas. Se les quiso inculpar de estar incursos en los planes destabilizadores del año anterior, colaborando en la compleja logística de los guerrilleros para agraviar la sacra memoria libertadora; más, cuando al domingo siguiente doña María Ríos Saldívar fue a su inmancable misa de seis, alardeó haber sido objeto de la mirada libertadora por largo trecho y mientras, presa del pánico, solo atinaba a elevar preces al señor.

Desde entonces comenzó a brotar cierta inquietud en la ciudad. No faltó quien achacase a la virginal soltería menopaúsica de doña María la supuesta mirada siguiendo sus abultadas formas, especulación desechada como ofensiva al ideal bolivariano de belleza. Pero las dudas se acrecentaron y comenzó una furtiva cuanto minuciosa vigilancia nocturna en la plaza, sin fruto alguno los primeros diez días.

Esto debe quedar claro y totalmente definido, se decía internamente, cada vez con más frecuencia, Don Paúl Riera Álvarez, Edil Presidente, no

era hombre de muchas luces, pero sí un trabajador incansable y tenaz como pocos para llevar adelante un proyecto o cualquier iniciativa que considerase de interés público. A estas alturas del famoso disgusto de Bolívar no había dejado de elucubrar teorías en torno al suceso. Llegó el momento en que la tensión de aquel martillo incesante le provocaba náuseas y en la última semana sufrió dos fuertes arritmias. ¿Será verdad? ¿Fue un truco político de los guerrilleros?. Y si es cierto ¿cómo se hizo posible? ¿Acaso un acto de alta magia? Don Paúl llegó a pensar que si no resolvía pronto el enigma iba a enloquecer. Pese a un hermetismo cultivado desde adolescente en torno a sus preocupaciones y a lo que su hermano mayor calificaba como dolores de muela mentales, se confió a su esposa, que primero sorprendida y después preocupada le aconsejó gestionar ayuda médica, si era posible y lo admitía, que fuera especializada.

—¿Y eso qué significa, especializada en qué?

—Paúl, perdóname por lo que voy a decirte, pero creo que necesitas un psiquiatra. —Lo dijo temerosa de la reacción de Don Paúl, que de nuevo la sorprendió al responderle.

—Si supieras, tengo dos semanas pensando esa cita. Una semana más tarde, durante prolongada sesión de la Cámara Municipal, discutiendo el último punto de la agenda del día, a saber: los méritos de Don Crispiniano Linares Yépez y del industrial Ramón Fursatti para ostentar la medalla al mérito que la ciudad otorgaba en la fecha de fundación del burgo,

el edil presidente votó un receso de quince minutos. Las deliberaciones de la sesión, infladas por el bizantinismo argumental expuesto en cada oportunidad, se habían prolongado más de lo normal. Don Paúl se dirigió al balcón a estirar sus entumecidos miembros, se apoyó en la barandilla y al voltear el cuello quedó galvanizado. Quiso llamar a sus colegas munícipes y no le salió ni un soplido. Hizo otro intento y un débil hilo de voz salió balbuceante de su garganta:

—Mmiiiiireeenenn...

Bolívar hacía gimnasia. Pasadas las diez de la noche el lugar estaba solitario. La estatua cobraba vida en parte. El Libertador con estudiada cautela movía el bronceo cuello de derecha a izquierda, de izquierda a derecha; e igualmente intentaba con cierta visible dificultad, algunos movimientos de sus brazos. El resto del conjunto permanecía petrificado.

—Mmiiiiireeenenn...

Pero nadie más, vio cosa alguna. Los munícipes casi saltaron a trasponer el gran ventanal para asomarse al balcón, al coro de: “¿qué...qué pasó... qué hay?” y sólo se encontraron con el rostro desencajado y empalideciendo rumbo al verde aguachento de Don Paúl Riera Álvarez y su brazo tembloroso extendido hacia la plaza.

—¿Qué es Don Paúl...qué pasa señor Riera dice otro?

—Uhmhhh ... Booolívaa —alcanzó a decir con voz temblona y gagueante —Booolívvaaa...

—Pero Bolívar qué, carajo...exclamó visiblemente nervioso el cronista y también secretario municipal, Fulgen-

cio Mijares, hermano del famoso novelista Daniel Amador Mijares, autor de *“País Jodido y Mal Ensamblado”*.

—Boo-lí-var... sí...hacía gimnasia...se movía

—Ahora si se jodió Paul...—dijo casi entre dientes el concejal Esparza...carraspeando gutural...—Don Paúl, por Dios, cómo se le ocurre...Usté’ también cree en eso?

—Le digo que se movía, hacía gimnasia —insistía don Paúl — recuerdan lo que vio doña liceo y lo que dijeron los muchachos de María...ésteee, doña María y los muchachos lo movieron...bueno CoÑo SE MOVÍA¡!!NOJODA... se movíaaa.

Intentaron calmar a don Paúl y se habló de investigar el caso. Alguien quiso bajar a la plaza o por lo menos asomó la iniciativa, pero con mejor criterio, se pensó en nombrar una comisión. En fin, el comentario de lo visto por Riera Álvarez no fue del todo desestimado. Hasta se excusaron con él por cuanto hubiese de escepticismo en sus actitudes y con una cierta ambigüedad en lo que todos eran duchos, transpusieron el incidente. A posteriori hubo consenso para continuar la sesión que a fin de cuentas culminó con la aprobación por unanimidad de sumar los nombres del inefable don Crispiniano y del señor Fursatti, a la ya larga lista de próximos condecorados con el más alto galardón otorgado por la ciudad a sus servidores eminentes. En compacta formación abandonaron el Palacio Municipal. A nadie se le ocurrió mirar hacia la plaza y menos formular comentario, si bien sus cerebros, o lo que hubiese en el cráneo de cada uno,

no dejaba de rumiar lo mismo, Bolívar seguía moviéndose. Bolívar cobraba vida en la estatua. No lo admitían en forma abierta, pero no lo dudaban. La expresión de don Paúl, su convulso temblor, el tono de voz del concejal y todo un cortejo de subjetividades paralelas, les había convencido. En el interior de cada quien cobraba forma un espectro: Está vivo, y pensando en volver.

Crispiniano estaba inquieto, había sondeado a Paúl ya dos veces acerca de la posibilidad de hacer algo, trazar una estrategia. Debía definirse una forma de asegurar sin la sombra de una duda, que la estatua se movía.

No soporto más esta comezón mental, dijo para sus adentros cundo vio venir a Ramón Yépez Colina, aún eufórico por el resultado de las elecciones internas del partido, algo por lo que había quebrado lanzas cada vez con más dureza y cuyos resultados le otorgaban la Secretaría Juvenil Regional de “Unión Democrática Nacional” partido de centro-derecha opositor al gobierno de turno. Yépez Colina fungía de experto en parasicología y ciencias afines. Había esbozado varias teorías acerca de los movimientos de la estatua, afirmando que posiblemente no fueran otra cosa que una alucinación masiva y programada, producto de manipulaciones de una secta seudo religiosa practicantes de magia negra.

Hablaron durante unos quince minutos y según Crispiniano, Yépez lo convenció de insistir con Paúl, por intermedio del Concejal Esparza, de muy buenas migas con el Edil Presidente, que las malas lenguas atri-

buían al negocio del transporte en manos de Cleómenes, feliz ganador de una última concesión de tres nuevas líneas extra urbanas.

Atendiendo el consejo recibido Crispiniano llamó a Cleómenes y le pidió que hablara el asunto con Paúl. —Siempre te ha tratado con simpatía y consideración, a lo mejor le convences de intentar algo. Investigar con “parasilocos”, como dice Ramón Yépez, en fin, tenemos que hacer cualquier vaina, averiguar. Cleómenes se comprometió y días más tarde comunicó a don Paúl, lo que todos pensaban y no encontraban como abordar. Debían reunirse un grupo de los que vieron a Bolívar asestar la planazón del año anterior y algunos de los que nuevamente le habían observado cobrar vida. Paúl aceptó la urgencia de una investigación seria y metódica sobre el asunto.

—Está bien, convocaré una reunión mañana mismo y hablaré con doña María Ríos Zaldívar para reunirnos en su casa.

La señora Ríos Zaldívar accedió a la petición de Don Paúl y prepararon una reunión informal previa sobre el tema a tratar y establecer las pautas de un plan de trabajo. Nadie sabía definir que les había acontecido internamente, aunque tampoco intentaban descifrarlo, pero unos a un tiempo, otros después, habían terminado por aceptarlo; estaban convencidos que El Libertador quería aparecer y decir algo, dejar un mensaje tal vez. Lo que no sabían era qué podían intentar para comunicarse con la estatua. Decidida

la reunión para discutir pormenores de los planes a seguir, comenzaron a flaquear algunos convocados. Misia Cayetana Sierra, por la tarde del día fijado al efecto desestimó la convocatoria en una breve esquela enviada al Secretario Municipal; pero tampoco dejó pasar la oportunidad de pedir pelos y señales de lo que tratasen, aprobado o no, a su antigua cofrade y compañera de batalla Doña María Ríos, que en inusitado esfuerzo de lealtad y compromiso, respondió negativamente a la solicitud de hacer de soplona.

--Eso no será posible, acordamos que todo lo que se discutiese o hablase quedaría en el lugar y solo Don Paúl, opinará, hablará o comentará según su mejor juicio. Lo siento amiga.

--Ay mijita ni que estuvieran construyendo una bomba atómica.

--Lo único que te puedo decir es que hay un plan de trabajo.

—¿Un plan para qué?

—No se mi amor, hablaron de un plan.

En cuanto al sarrusofonista no hubo forma ni manera de hacerle pensar el asunto. Al oír el nombre de Bolívar, Se estremecía en convulso temblor y comenzaba a decir sandeces de una mezcolanza incomprensible iniciada con un tal Negro Felipe, engarzado al Papá Cacique montado en la danta sagrada, y otra sarta de disparates que insinuaban claramente la referencia a un culto cercano entre brujístico y seudonaturista..

Paúl se encogió de hombros ante la defección de dos de los convocados.

---Bien, están en su derecho. Nos reuniremos los que debemos estar y resolveremos lo que se hará, no perdamos más tiempo. Comencemos a trabajar.

En definitiva los presentes fueron el Concejal Esparza, el Prefecto, don Crispiniano; la señora Ríos Zaldívar; Yépez Colina y el presidente del Concejo, Riera Álvarez. El Licenciado Julio César Moreno, Director del Grupo teatral “Sobre las Tablas” y representante del sector cultural, según acuerdo preestablecido que rotaba trimestralmente la delegación del sector, cuestionaba la operación. Consideraba precipitado el criterio básico que justificaba el Plan de Trabajo/ Estatua viva y falta de un estudio más profundo de un fenómeno violatorio de todas las leyes conocidas del comportamiento de las formas en el universo.

Al imponerse el criterio del Presidente del Consejo, el Licenciado Moreno pidió constase en acta su oposición al Plan de trabajo. Don Paúl admitió la solicitud y así se hizo.

Iniciado el encuentro, Yépez Colina intervino y preguntó por el Director del diario local.

—Cómo es posible que no hayamos invitado al Licenciado Hernández Astudillo o a su Jefe de Redacción; aún es tiempo, bastará un telefonazo... ¿es que vamos a seguir desconociendo el poder de la información, sobretodo en una circunstancia tan especial y delicada como la que estamos enfrentando?

—Precisamente Ramón lo que no queremos aquí es la posibilidad de información puertas afuera.

—Pero usted, tiene idea de lo que esto significa...

—Ramón, por favor, óyeme con atención: Nadie tiene aquí idea de lo que este asunto puede llegar a ser y lo que va a significar o no. Aquí estamos reunidos bajo el impulso de algo que se apoderó de nosotros, sin que sepamos cómo ni porqué, y si dará algún resultado. Yépez Colina le da la espalda molesto... Don Paúl lo detiene tomándole del brazo y retoma su argumentación.

—Espera por favor, te agrego algo más. Tenemos nuestras dudas acerca de si esta loquera puede darnos o no una solución, algo tangible, pero eso no es lo grave. Lo trágico es que el resultado puede ser una torta descomunal de la más alta ridiculez, en lugar del evento sin parangón en la historia que hemos pensado pudiera ser, así amigo, estamos obligados a la prudencia y mientras menos lenguas y manos en el plato, mejor.

Yépez Colina no supo que decir o agregar y se dio comienzo formal a la reunión. El caso fue tratado en forma pormenorizada y metódica. Cada elemento fue reconstruido y oralmente narrado, repetido y discutido. Nada dejó de ser examinado. Concluyeron en programar una acción continua de guardias nocturnas en las que con cierta cautela pero en forma decidida y constante se intentaría provocar algún tipo de comunicación o manifestación. Cada asistente a la reunión iría a la inusitada cita ante la estatua con dos noches de por medio entre las once y una de la madrugada a montar guardia previo un baño exorcizante con algunos menjunjes -consejo de Yépez Co-

lina- de lo que se encargaría Doña María a través de su amigo Tobías Albarrero, conocido charlatán cuyos créditos iban desde la poesía rimadora hasta la brujería sapera, pasando por artista, cantante y todo cuanto en acendrado complejo de frustración se le ocurría. Su real especialidad era esgrimir una lengua sádicamente asesina.

En cada oportunidad, la persona de turno llegaría a la plaza para sentarse en uno de los bancos cercanos frente a la estatua del Libertador. Por sugerencia de don Paúl llevarían un libro que debía ser leído a media voz, meditar algunos minutos en torno a un concepto que juzgase importante o comentarlo en voz alta y estimular así la curiosidad del Libertador. “Tal vez así sea más fácil motivarle un gesto”.

—Y se pueden tomar otras iniciativa, verdad —apuntó el concejal Esparza.

En fin toda una estrategia y un alarde logístico que incluía previsiones para impedir el acceso a curiosos no involucrados en los planes establecidos, sin que faltase la decidida colaboración del Jefe de la Policía, único extraño al que pensaban enterar de sus propósitos. Suponían -y acertaron en eso- que el Comisario Jefe estaba comprometido con una fraternidad acuariana.

Reunidos los mismos circunstantes, se saludaron sin ningún protocolo. Intercambiaron unas frases de rutina y en menos de diez minutos, sentados alrededor de dos mesas metálicas se oyó la voz de Don Paúl.

—Bien señores vamos a lo nuestro —y paseó la mirada por cada rostro. En todos encontró respuesta

favorable acusada con ligera inclinación de cabeza. De inmediato se dirigió a Crispiniano—. Por favor, anota en orden un derecho de palabra.

—Si señor. Usted primero.

—No, déjame de último.

Hubo una coincidencia general en torno a motivar la estatua. Don Paúl, el concejal Esparza y Doña María se pronunciaron por una misma fórmula. Turnarse vigilancias nocturnas y sentados frente a la estatua leer un libro, como propuso Ramón Yépez en la reunión anterior y de acuerdo al texto, dirigirse a la estatuaría figura o hacer un alto y mirarle, cómo esperando un gesto, o una mirada.

En definitiva así quedó acordado y Don Paúl comisionó a Fulgencio Mijares y Yépez Colina para acompañarle al día siguiente a tratar el asunto de vigilancia nocturna a la estatua, con el Comisario Jefe. Al salir de la reunión comentó con Cleómenes Esparza: —El Libertador quiere algo y la idea de esa inquietud y las preguntas qué me hago sobre su rabieta del año pasado, que no me quedan dudas, fue una aparición suya, son situaciones para enloquecer al más templado.

—Bueno, nos dirán locos, pero aquí está pasando una vaina rara y de verdad especial. El Libertador quiere algo y debemos averiguarlo —dijo el inefable Crispiniano.

Al día siguiente a eso de las diez de la mañana, en “La Madrileña” la panadería/café más prestigiosa del lugar, Paúl, sus comisionados y el Comisario Jefe de la policía Coronel Armando Carecis Rovira se reu-

nieron en el salón privado del local. Participaron de sus planes al Coronel y solicitaron su colaboración para mantener en horas nocturnas la mayor soledad en la Plaza y alrededores. Enterado de los detalles del plan, Carecis Rovira, de gran afinidad intelectual con el esoterismo, los temas relacionados con el ocultismo y a sottovoce interesado en el caso, dio plena seguridad que resolvería sin problemas aislar la plaza en las fechas que solicitara Don Paúl.

Sentados a una mesa de “La Madrileña” tomaban un café y comentaban los resultados de la gestión realizada, cuando el grupo integrado por Doña Cayetana Sierra, los Concejales Gómez Pallota y Jiménez Crespo, el Prefecto, José Ángel Hortigosa, Tobías Albarrero y el supuesto apoyo y por ende la representación de su Eminencia el Obispo, entraron al local y se vieron sorprendidos por Don Paúl y sus acompañantes quienes a coro, como si lo hubiesen ensayado, les saludaron con un “BUEENOSSS DIIASSS” finalizado con sonrisas de ambas partes y Paúl levantándose de la mesa a conversar con Naudy Jiménez, al que supuso líder del grupo.

Por casi doce minutos, de pie a unos veinte metros de sus cofrades y unos parroquianos asiduos del lugar, hablaban en falsete (modulando claro a bajos decibelios) y gesticulando con sobriedad. Paúl tenía indicios en torno a los escarceos de Naudy Jiménez más por egolatría y ansias de figurar, que por conocer las verdaderas razones de las apariciones y movimientos de la estatua, si es que eran reales y no como el mismo

Naudy especulara, repitiendo la “loquera” de Ramón Yépez de un caso insólito de alucinaciones masivas. Pantaleón Gómez Pallota, concejal representante del gremio de productores agrícolas de la región, hombre prudente, de carácter y actitudes conservadoras, respetaba en sumo grado al Edil Presidente, pero se había sentido comprometido con Naudy Jiménez quien lo trataba de “pariente” por algunos grados de consanguinidad entre las familias maternas de ambos. Así al comenzar a sentirse moralmente incómodo se negó a continuar participando en cualquier investigación sobre el caso de la estatua.

—Diversos detalles y circunstancias no asimiladas en forma satisfactoria me obligan a desestimar cualquier participación en las investigaciones sobre el caso de la estatua que se mueve. Prefiero mantenerme al margen, aunque pienso que están en lo correcto.

Un día después de la defección del Concejal Gómez Pallota, hubo que desechar la presencia de su Eminencia el señor Obispo en cualquier reunión, discusión o averiguación. Se había cerrado a cal y canto respecto al asunto. “Eso fue una broma herejía de mal gusto de los guerrilleros. Se acabó”.

Yépez Colina, Secretario Juvenil regional del primer partido opositor, había estado ausente de la ciudad en las diversas manifestaciones de vida de la estatua y se sentía frustrado. Según sus palabras, nadie más capacitado para entender y manejar estas manifestaciones de acuerdo con las reglas metafísicas de su maestro Viveshrahiti mahatma rishi. Su preocupación

por los detalles era casi fanática. Procuraba estar en todo y justificaba la negativa del Obispo como producto de un choque de principios básicos respecto a la fe. Pero no obstante cuanto pretendía ser y saber, sus cofrades dudaban abiertamente de su pretendida experticia en materias parasicológicas y esoterismo. A ninguna reunión o discusión sobre el tema se había invitado a Hernández Astudillo, Director de El Pregón, diario regional editado en la ciudad dado el intento de mantener cierta reserva y discreción acerca de los planes en marcha, reserva que el periodista iba a cercenar sin contemplaciones.

Cléomenes Esparza, ahora concejal por el partido de gobierno, era un ex-chofer con buena estrella. Mediante contactos establecidos con varios cacahos de primer orden a los que veinte años atrás sirvió de taxista rumbo a la zona de tolerancia del burgo, logró ponerse en la ruta de unos colectivos. Desplegando una cierta habilidad y uno que otro “engrase” a tiempo, llegó en pocos lustros a convertirse nada menos que en “destacado y honesto industrial del transporte, baluarte de nuestro progreso y hombre de altas ejecutorias morales”, cual lo citaba un emborrona cuartillas de la ciudad al reseñar los saraos a los que no faltaba don Cléomenes, gran borracho, por más señas. Entre sus palancas estaba el mismísimo Secretario General de Administración, dueño del “Nueva Selva” renombrado burdel de la zona roja al que regentaba por manos y artes de “La Chu-

fa”, veteranísima cocotte de viejas lides casi retirada, que de vez en cuando trabajaba clientes especiales. celestineando pupilas noveles para notables como Hernández Astudillo, o Yépez Colina. Mediante los nexos con La Chufa” y otros contactos, empataba Cléomenes sus líneas de acción hasta su Eminencia Cheverísima Monseñor Bergatiesa, de quien se decía hasta un telegrama de felicitación muy privado hizo llegar a la inefable sureña -con su muy apostólica bendición- en la ocasión de una ampliación del Nueva Selva, con la inmancable reinauguración, aviso de prensa, brindis entre notables y demás hierbas de aquel mar de porquería en que estaba convertida la llamada flor y nata de la ciudad.

La cortina de humo del burdel se mostraba a plenitud en sus avisos publicitarios:

Boite discotheque Nueva Selva

Categoría y distinción para sano esparcimiento

Dos Shows Dos

Gran Orquesta de Baile

Colocado en su circunstancia y a la hora de escoger un libro para la meditación y el consabido estímulo intelectual, a Cléomenes solo se le ocurrió “Novedades Selectas” del último mes, donde leyó en tronantes berriedos un especial del “taimms” donde se “asnalizaba” con todo la carga detergente propia del viejo macarthysmo, la política internacional de penetración al mundo libre occidental, por parte de las potencias del telón de hierro, “desde la coyuntura histórica actual”, frase que le cautivó dado el uso constante que pasó a

otorgarle en sus latosas intervenciones en la Cámara Municipal. Como pudo leyó su “especial”; probablemente en su vida no habría leído muchas cosas más. A cada párrafo bramaba comentarios alzando la mirada hacia la estatua, como preguntándole:

—Qué le parece mi Libertador...ya lo decía yo...

Pero la estatua era más pétrea que de costumbre en su impenetrable solidez. Me atrevería a expresar que sudaba arena.

El turno siguiente fue el de Don Crispi y una vez más hizo el ridículo. Alardeando ostentosa pedantería parroquial le disparó a Bolívar dos capítulos consecutivos de las Vidas Paralelas de Plutarco. Comenzó por Alejandro y César para agregar a troche y moche, de su parte, una tercera paralela envolviendo a Bolívar, quien debió enviar el hálito vital que daba a su estatuaría figura, a los límites de la galaxia a objeto de no acceder a la asquerosa tarea de hacer picadillo al mico parlante delante de él.

Posteriormente tocó su guardia a doña María Ríos Zaldívar. Inició con una alocada y bizarra introducción que a juzgar por la tónica, era producto del charlatán de Tobías Albarrero, a quien las malas lenguas acusaban de hacerle el favor a unas cuantas señoras cuyos esposos -textualmente hablando- vivían la era del plomo.

Decía así Doña María:

—Su magnánima señoría noble y libertaria, pléyade total integrada del bolivarianismo.

Ante tus plantas me poso y me postro, me proster-

no e inclino, humilde sierva de tu ideal. Cuál es la eternal inquietud que impide el descanso mil veces merecido. Acaso el genocidio victimario y alícuoto del parlamentario, y líder...

Me niego a seguir transcribiendo...

Se supo con certeza que después de unos quince minutos de mayestática verborrea disparatosa, no había ningún signo de vida. Jamás fue más cuárzicamente maciza aquella mole de piedra y bronce. Nadie cejó en el empeño. Se coló uno que otro rumor y continuaron apareciendo versiones en torno a supuestos movimientos de la estatuaria figura. Un trasnochador dijo haber visto al Libertador descubrirse la cabeza tomando el bicornio con la mano en la que sostenía las riendas del caballo encabritado y que al efecto soltó sobre el robusto cuello del cuadrúpedo. Así por el estilo surgieron varias anécdotas; pero entre dudas, incredulidades y escepticismo a varios niveles, el plan continuaba. Don Paúl Riera Álvarez era el motor activo de la idea. En alguna parte de su opaco espíritu encontró energía y poder de convicción el antes reposado Don Paúl. Una llama hizo presa en él. Estaba convencido que Bolívar cobraba vida en la estatua. Si alguien lo negaba y discutía, solo debía oírle ripostar una vez para quedar seguro de su error, como de la certeza de las argumentaciones de Don Paúl.

Se saltaron dos turnos y le fue dado al Edil-presidente la oportunidad de hacerse presente en la plaza. Exigió que no le vigilasen, objetaba que el procedimiento impediría la concretización magnético-astral

de la vida cobrando forma en la mole pétreo-broncínea. De nuevo aceptaron su criterio, cada vez más preciso, mejor consolidado, más coherente. En la mañana confesó y comulgó. Ordenó a su hermana que llamase al Concejo Municipal y advirtiese de su ausencia, ya palabreada con sus colaboradores. Pasó el día en retiro, meditando, consultando sus fosos espirituales y cavernas mentales. Por la tarde la tensión soportada se le marcaba en un semblante entre extático y apendejeao. Extinguiéndose el eco de la onceava campanada puso pie en el primer mosaico de la entrada nordeste del parque público central del pueblo, donde intuía la hora mítica en que escucharía la voz del héroe dirigirse a él, precisamente a él: Don Paúl Riera Álvarez Herrera Anzola.

Frente a la estatua se sintió presa de un cierto cansancio nervioso. Contempló largo rato en silencio la mole en un lapso del que no tuvo plena conciencia hasta sentir que su mirada le era correspondida. Ahí estaba cumplida su premonición. Bolívar vivía, le miraba. Dura era la mirada, penetrante, aguda, cortante, profunda, tenaz, incisiva. Don Paúl se desvaneció fofo, gelatinoso, blándulo y verdiaguachento: pplafffoqqqqssss, tamm/ganmm.

Dos horas después ciertos vapores odoríferos familiares, se abrían paso rumbo a su conciencia. Entre olores medicamentosos se colaba algo así como un tufillo que le producía ligero picor y le resultaba ligeramente familiar. Unos quince minutos después recobró plena conciencia y se sorprende en lecho ajeno,

de donde proviene la mezcla pichopasmosa de diorismo, sahumeros y culeros de solterona que resultó ser el nido de Doña María Ríos. Se habían negado a respetar su disposición de dejarle solo y en silencio le siguieron hasta la plaza, donde le recogieron de su desmayo y llevaron en volandas hasta la casa más próxima. No atinaba Don Paúl si a mostrarles su agradecimiento o a insultarles. Sentía que tomaba cuerpo en él una profunda frustración. Lentamente explicó al grupo lo acontecido frente a Bolívar; la incisiva mirada horadándolo hasta anonadarlo por completo en un desvanecimiento total. Finalmente, sin rencor, les culpó de lo sucedido.

—Algo impedía mi concentración. Perdí fortaleza porque el círculo magnético quedó roto al perturbarse con la presencia de ustedes... si les dije y repetí que no me siguieran. Y poco faltó para un sollozo. —Le calmaron pese a su insistencia de ir otra vez a la plaza y finalmente le trasladaron a su residencia.

Dos días después se reanudaba el plan para hacer hablar a Bolívar. Ahora más que nunca en Don Paúl existía la certeza de estar a la espera de un mensaje especial. Sí alguna duda albergó, aquellos segundos recibiendo la impactante y aguda mirada de la estatua, cobrando vida a partir de sus ojos, disiparon las más recónditas reservas. Esta vez bajo ningún pretexto le seguirían. Si no aguantaba el susto y amanecía muerto en la plaza, ya se diría que lo mató un infarto al salir del Concejo y pasar frente a la plaza. Así quedó establecido. Tres noches más tarde se repetía el expe-

rimento. Por igual confesó y comulgó el día señalado. No fue a la oficina pero se abstuvo de someterse a un ayuno integral. No se le escapaba la correspondencia entre la debilidad física de esa noche y el exagerado sentido místico otorgado a la posible entrevista. Comió frugalmente y a eso de las seis de la tarde tomó de última colación un consomé ligero con unas hebras de fideos y tres gotas de limón por única sazón, una breve rodaja de pan, un gajito de cinco uvas y una tacita de café negro, sin azúcar. En los últimos minutos de meditación antes de emprender su viaje nocturno a la plaza no dejó de estorbarle la idea de cómo dirigirle la palabra a El Libertador y cuál sería el tratamiento adecuado. Se cansó de imaginar fórmulas y ninguna la satisfizo plenamente. Por fin, algo fatigado y en arrebató de inspiración bíblica, dijo para sus adentros un “Dios proveerá” y se encaminó a su muy suigéneris encuentro con Bolívar.

Once de la noche. El ambiente nocturno se mantiene invariable. La carga subjetiva de emociones agolpándose en el pecho de Don Paúl, le confieren significado especial al momento, pero no están cargadas las sombras de misterios o augurios como en un suspenso barato de novela. Los pocos ruidos de siempre: un bocinazo lejano, dos cortos ladridos de un perro callejero y un cierto murmullo decreciente mostrando que la vida citadina de una capital interiorana, despide el tráfigo diario y se apresta al reposo. Está Don Paúl frente al Bolívar ecuestre al que tanto ha evocado gratuitamente decenas de veces. No se le

escapa un cierto temorcillo que trata de agigantársele en flagrante contradicción con la cultivada disposición de ánimo de llegar hasta el fin. De pronto, sin poder precisar cómo o en que instante, en forma casi insensible, la mole de piedra y bronce comienza a cobrar vida en la mirada. Pudo sostenerse firme el Edil Presidente y con una frase aleatoria que se abrió paso hasta sus labios, acabó de cimentar su resolución de ir hasta el final.

—¡Esstaás vivo!

El pétreo-metálico conjunto se negó a responder. Solo insistía en mirar: profundo, duro, cortante, plenamente vivo y existencial en el fulgor de sus ojos.

Coligió de inmediato Don Paúl que debía ser el mismo quien iniciase el diálogo. Fue un raptó inspirativo y no escogió, no pudo hacerlo, su primera frase dirigida al héroe y entre carraspeos y temblores de su cordaje vocal, forzando unos labios que tan resecos como su garganta se negaban a una modulación clara y audible, pudo emitir a tono de murmullo unas cuatro palabras...

—Suuu ...-magg-ná—nima ,,,,eeemi-nen-encia
HERoícaa ...

Y fue entonces sentir que la mirada ya no le traspasaba, sino lo atomizaba casi...Volvió a titubear para recomenzar a reordenar sus emociones, cobrar nuevos ánimos, aclarar el gaznate y volver a la carga:

—Paaladín ...de-de la GLORIA.....quequie...res de
noo-sotrosss.

Un espeso y aplomado silencio apagó el último eco de

“..otrsss”...más, la mirada obligaba a proseguir. Paúl sentía como si le ordenasen: “continúa imbécil”... Así lo intuyó Paúl, sin estar desatinado del todo, como lo comprobaría minutos más tarde...le pareció como si aquellos ojos fulgurantes decían: “Habla, sigue. Te oiré y responderé en su momento...”

—PAA-dre Libertador, aquí es-es-toy, héroe nuestro, ¿me escucháisssss?

El afectado giro final provocó que la mirada le golpease con furia y a punto estuvo de un nuevo desvencijamiento. Recobrada una cierta compostura, insistió:

---Egre-gio GEEnera-LL de la libertad...

La mirada se suavizó y Don Paúl comprendió qué debía hacer y decir para dirigirse al héroe. Con aire renovador de ímpetus, sin titubeó alguno, la voz surgió clara y vibrante.

—General Bolívar, diga usted...

Amplia y generosa mostrósu sonrisa El Libertador.

—Al fin has podido libraros de tu aherrojado ritual mítico burgués, donde la adoración ciega sustituye a la razón y el pensar crítico...al fin...al fin...al fin.

Y usando como breve ritornelo las dos últimas palabras de su respuesta, terminó de cobrar vida en el rostro, permaneciendo el resto en su primitiva forma pétreo-broncínea. De seguidas continuaría:

—Tuviste razón desde el principio. Vivo sí, como jamás pensé podría estarlo, si bien a fin de cuentas nada muere, antes mejor todo cobra otros estados. Pero no deseo dirimir cuestiones metafísicas, sino verdades históricas actantes y vigentes. Quiero hablar y debo

hacer acopio de fuerza vital en sumo grado para tal cometido. Por hoy conoces mi deseo: Quiero y necesito hablar. Ven a este mismo lugar pasado mañana por la noche; diré cómo dirigir mi mensaje, y cuándo, además fijaré otras condiciones. Debo planificar tan audaz, materialización con sumo cuidado, calcular el tiempo que necesito y en función de ello, cuanta energía vital debo acopiar y la forma de consumirla con la mayor eficiencia, agregando un margen mínimo no mayor de dos o tres minutos. Mientras, nada más puedo decirte.

Duras se las vio Don Paúl para hacer entrar en razón a sus colegas munícipes y convencerles de lo sucedido, sin embargo logró solventar la situación y saborear unos microsegundos de tranquilidad. Los minutos se alargaron hasta lo indecible, las horas duraron siglos y parecían eternizarse. Todo parecía inmóvil menos la turbación y el caos anímico de Don Paúl y sus cofrades; la desazón les consumía. El tiempo seguía detenido, sin embargo se movía para otros pues la discreción no fue todo lo hermética que se hubiera deseado. Bajo el supuesto juramento de “no se lo digas a nadie” alguien dejó escapar alguno de los pocos detalles que el Edil Presidente había comunicado al breve círculo de los comprometidos.

Al fin, los dos siglos en los que se convirtieron los dos días solicitados por El Libertador a objeto de dar a conocer los detalles de su aparición y el consiguiente mensaje, transcurrieron en cuarenta y ocho horas y se alivió así por lo menos en cien azotes, la cruel

tortura sufrida por el Edil Presidente, nunca antes sometido a semejante océano de presiones, además de soportar chanzas y bromas, puyas y provocaciones en el marco de lo que fue la tormenta de rumores, solicitudes, peticiones, argucias de los periodistas, sugerencias por doquier y las nunca faltantes proposiciones de negocios promoviendo posibles ventas exclusivas de la noticia a medios internacionales, que nadie sabe cómo, ya estaban sobre la pista de una entrevista exclusiva.

Locutor de planta promocionando un especial:
FRENTE A FRENTE CON EL GENERAL SIMÓN BOLIVAR LIBERTADOR DE CINCO NACIONES SUDAMERICANAS -EL APROCH MAS AUDAZ DE LA TV CONTINENTAL- LES OFRECEREMOS EN VIVO POR TODAS NUESTRAS PLATAFORMAS. YA VOLVEMOS. SIGA EN SINTONÍA.

Así tocó de nuevo a Don Paúl, a la hora y fecha señalada por El Libertador, servir de intermediario entre el héroe y la comunidad. Es obvio que nadie pudo ser testigo de la singular entrevista y los comentarios del Edil Presidente dieron para muy poco. En realidad podría afirmarse que se negó a detallar lo sucedido y hablado con El Libertador. Se limitó a decir:

—El General Bolívar hablará en sesión solemne del Concejo Municipal el 28 de octubre, día de su onomástico. La materialización de su aparición y el

discurso a pronunciar consumen gran cantidad de fuerzas y energía. Necesita cuarenta y cinco días de preparación. No se le debe molestar en absoluto y me ordenó editar un bando prohibiendo el paso por la plaza en todo lo que resta hasta ese día.

—Y cómo va usted Don Paúl -intervino Mijares, el cronista y Secretario Municipal- a prohibir que la gente pase por la plaza. Buenas no las veremos con la oposición sí inventamos algo que no les satisfaga.

—Como nos las veremos no importa. Se prohibirá, ya inventaremos una reparación, un movimiento de tierra, algo, pero se prohibirá; lo ordenó el General Bolívar.

El Bronce cobra vida

Apenas conocido el resultado de la entrevista de Don Paúl, ya Don Crispi rebautizaba a la ciudad como Capital Bolivariana de América. No escarmentaba el vejete pese a la planazón recibida y andaba tramitando con un emborróna cuartillas farandulero, inventar un “esperpento de oro” en honor al suceso en puertas. Por fortuna y pese a la pasión colectiva por tales vicios y ridiculeces, alguien con buen sentido los frenó a tiempo y no pasaron de los primeros intercambios entre cuatro cervezas fiadas y varios reguetón en el botiquín donde se reunieron al efecto.

En cuanto cupo a Don Paúl, hizo respetar escrupulosamente las condiciones impuestas por el Libertador, de las que fue heraldo ante sus colegas munici-

pes. Por otra parte y al hacerse eco de la noticia en todo el universo conocido, se hizo célebre la polémica de dos semanas sostenida mediante artículos de prensa, remitidos, bandos oficiales y entrevistas por radio y televisión, entre el doctor Tomás Ricardo Rivero del Soto, secretario general regional de Unión Democrática Nacional, partido socialistoide reformista y dos o tres voceros municipales. Del Soto, con una proverbial habilidad para enredarlo todo y decir disparates sin descanso, desbarró a más no poder y propuso llevar al Libertador ante el Congreso Nacional, “previa investigación científico-genética de su identidad biológica y un minucioso examen de sus presunciones históricas”.

La circunstancia se prestaba para las más bizarras iniciativas. Al llegar el 25 de octubre cuando oficialmente todo quedó previsto en los niveles organizativos requeridos, se conformó una atmósfera de tensión pública que prometía momentos climáticos de angustia a un punto apenas de la ebullición emocional, No era poco en verdad, ver y oír venido quien sabe de qué recónditos registros askhásicos universales, la figura material de Bolívar, el semidios, reencender las páginas del presente con el verbo centelleante que le permitió esculpir en las hojas del pasado, tres lustros ininterrumpidos de ciclópea acción creadora, uncien-do a su cabalgadura el carro de la historia americana. Las expectativas parecían ilimitadas. No se hablaba de otra cosa y surgían centenares de preguntas por doquier acerca de las que cada oyente conformaba su

propio mar de repuestas.

¿Bajará pie o con el caballo?

¿Cómo se vestirá? ¿De uniforme o de civil?

¿Usará el traje de campaña o uniforme de gala?

¿Qué edad tendrá?

Cualquier género de preguntas saltaba de la imaginación más cultivada o de la más afiebrada e incoherente creando discusiones, charlas, conferencias y de vez en cuando una buena refriega de puñetazos, empujones y las infaltables mentadas de madre.

En sus instrucciones a Don Paúl, El Libertador fue preciso:

—Será un mensaje para los americanos, pero puedes decir que estará dirigido al mundo, a fin de cuentas el ser humano es el mismo en todas partes, solo varía el decorado, lo anecdótico. Ambiente, historia y circunstancias introducen variables, —en realidad matices apenas— pues lo que domina y determina es la naturaleza humana, cuyos sueños, pasiones, errores y ambiciones, por lo general desmedidas, son iguales en todas partes, épocas y lugares. Será un mensaje al mundo. Ustedes son los destinatarios y se convertirán en eco repetidor de mi palabra. No quiero convertir esta ciudad en un manicomio gigantesco, que además afectaría mi materialización y sería un estímulo a la voracidad de mercachifles, adivinadores y demagogos, a la caza de cualquier evento para convertirlo en mercado.

En ese orden de ideas, restar aparato y encuadre ferial a su aparición y discurso, anotó que solo veinti-

dós personas extrañas a la ciudad, podrían asistir a la sesión del Consejo en la que se presentaría.

—Yo señalaré once —dijo Paúl que había precisado el General— y ustedes decidirán quienes serán los otros, y emitirán las invitaciones que correspondan.

—Por favor, que a nadie se le ocurra pensar en traer al Presidente de la República, eso complicaría demasiado las cosas.

Al preguntar Don Paúl quienes serían los once invitados suyos, respondió después de un breve silencio durante el que contempló el horizonte:

—No se quienes serán, pero anota. Te daré las especificaciones generales.

—El señor Presidente del Congreso Nacional. El jefe de la fracción opositora minoritaria del parlamento. Un historiador. Un artesano. Un artista, preferiblemente músico. Un docente universitario. Una dama, mejor si es deportista. El Decano del Cuerpo Diplomático. Un periodista. Un soldado. Y...un sacerdote o ministro de cualquier secta o congregación religiosa.

La ciudad había sido virtualmente sitiada desde el primer momento de conocerse las instrucciones iniciales. La afluencia de viajeros y el paso de transeúntes fueron estrictamente controlados. El mundo se hizo pequeño en menos de dos horas para recibir y difundir a sus cuatro costados el escueto lead de una agencia internacional de noticias:

“El general Simón Bolívar, Libertador de cinco naciones hablará el 28 de octubre en sesión solemne del Concejo Municipal de la ciudad”.

A continuación dos o tres párrafos, según el concepto de configuración noticiosa del corrector de cables de cada medio y sin comentarios particulares pero ampliando con una cierta explicación, detalles del suigéneris suceso. Algunos se extrañaban, otros pensaron que se trataba de una broma promocional y gran parte de la población se mantuvo indiferente hasta un día más tarde, cuando se confirmó oficialmente la singular comparecencia en todas sus partes, más el complemento de sus increíbles y sorprendentes señales, se desató el gran infierno. Desde los más lejanos rincones del planeta llovieron solicitudes de pasajes aéreos y hospedaje en tan abrumadora vorágine que colapsaron los medios electrónicos de comunicación con la ciudad y medio país, al extenderse a velocidad meteórica, querer atestiguar tan insólitos fenómenos, a ciudades y comarcas vecinas en un radio de setecientos kilómetros a la redonda. Don Paúl reveló haber recibido peticiones y solicitud informativa detallada de 642 sociedades e instituciones dedicadas al estudio e investigación de fenómenos paranormales.

La movilización fue espantosa. Los líos indescriptibles; no cabe otro adjetivo, pero no hubo la mínima transgresión a las instrucciones recibidas. La ciudad solo recibiría en su Consejo Municipal a las once personas señaladas por el Libertador y a las otras once a invitar por el cuerpo edilicio. El resto del recinto y los alrededores del gran parque público frente al Palacio Municipal, más las calles adyacentes donde llegaría por sonido directo la voz del Libertador, sería ocupado de manera exclusiva por los residentes de la ciudad.

Pudo parecer en algún momento que la espera sería insoportable y la angustia fomentaría el reventón de varios cayados aórticos, o los propios corazones de más de un recién infartado. Una tormenta rugía sin descanso en el cuerpo espiritual de la ciudad y las emociones acariciaban el punto de ebullición amenazando un desborde incontenible, cuando el sólido mazazo de la confirmación oficial de la noticia, en la voz plena de un hermoso y profundo timbre baritonal de Don Paúl Riera Álvarez por los medios audiovisuales de la ciudad, roció balsámica aquel tormentoso río de hormonas al borde del caos desquiciante. Después de confirmar el singular evento, el Edil Presidente dio cuenta de las disposiciones tomadas al efecto...y cesó la tormenta dando paso al famoso lugar común de “vino la calma”.

Fue como una repentina y pausada toma consciente de la trascendencia y significado de lo que se avecinaba, dando paso a una serena reflexión que sumió a la ciudad en un masivo retiro espiritual tanto más sorpresivo por lo espontáneo.

Otro panorama, caóticamente diferente, ocurría apenas a escasos kilómetros de los accesos carreteros a la ciudad. La fantasía del común galopaba en desenfrenadas y alucinantes teorías de lo que sucedería el 28 de octubre en la sala de sesiones del Concejo Municipal de aquella pequeña ciudad del interior del país. No por comodidad decimos que era un barullástico e inenarrable desorden. Imprecaciones, tacos y maldiciones hervían en ensordecedor coro de diecisiete

idiomas diferentes, veintinueve dialectos (catorce de ellos africanos) y siete formas de papiamento. El babélico muestrario de formas orales de comunicación, da idea del maremágnum desatado a partir del férreo acordonamiento periférico de la ciudad donde acaecería el portento.

Por su parte el Ministerio del Interior había respondido con presteza a los urgentes planteamientos señalados por Don Paúl y los notables del burgo, rápidamente corroborados colateralmente al comenzar una oleada de arribos de aeronaves especialmente fletadas, amén de los vuelos regulares incrementados, por los dos aeropuertos internacionales del país y el alud de solicitudes de cupos, pasajes, plácets, visados y los más disímiles servicios consulares, testimoniando el violento y masivo interés despertado por la noticia del discurso del Libertador, suceso real o ficción publicitaria incomprensible para la gran mayoría, pero que nadie quería perderse, no obstante los temores asomados por más de un escéptico, de que no fuera más allá de un novedoso truco de lanzamiento de un nuevo producto al mercado.

Pero si la intervención masiva de las autoridades a nivel central logró contener la marejada humana que pretendía ser testigo del suceso, no había sido precisamente con un despliegue de urbanidad y buenos modales, muy difíciles de evidenciar con el parque armado y las órdenes dadas a un contingente de 14.750 efectivos de las cuatro fuerzas militares del país, movilizadas a ritmo de emergencia extrema e

invasora, con la celeridad y eficiencia de la que solo puede hacer gala un ejército moderno.

En cuanto a las once invitaciones a cargo de los munícipes citadinos, se vieron en las de Caín para resolverlo. El Consejo Municipal en pleno, por irrestricta e inconmovible unanimidad, reivindicaba para sí el derecho a señalar primero y formular luego, las invitaciones respectivas. Representantes del poder central aducían que según lo manifestado por Don Paúl a título oficial, el Libertador había expresado: “Ustedes decidirán quienes serán los otros y les invitarán”, dando a entender que el “ustedes” no envolvía implícita y exclusivamente a Don Paúl y a sus colegas ediles como ellos mismos sostenían, sino que tácitamente ese “ustedes” involucraba a los ciudadanos del país, cuya representación legítima...etc, etc, etc...

El asunto iba camino de nunca acabar cuando intervino la ponderada opinión de un desconocido maestro de escuela que a través del diario local expresó con gran tino y juicio lo siguiente: “No es en absoluto fundamental para la discusión en la que hoy se involucra el Poder Central y los señores munícipes de la ciudad, determinar si la ya de por sí forma genérica pronominal empleada por Su Excelencia el General Bolívar, se refiere a unos: Concejo Municipal/genérico restringido; o a los otros, Poder Central/genérico ampliado. Lo trascendente es determinar si el General Bolívar no ha querido más bien permitirnos dar una mínima prueba de sensatez. Si discutimos minucias caeremos en bizantinismos y perderemos de

vista los nortes verdaderos de un mensaje dirigido al MUNDO, como lo expresó el propio Libertador, a través de nosotros, que seremos sus ecos repetidores. Tratándose pues de tal precisión inicial: Mensaje al Mundo y habiendo señalado el General Bolívar once invitaciones de las que solo determina sin lugar a dudas dos, a saber: Presidente del Congreso y líder de la fracción minoritaria del parlamento del país. Es claro que deja a nuestro arbitrio y buen juicio decidir el resto acorde a ese inteligente indicio. Si deducimos en plena lógica que se refiere a personalidades nacionales, se infiere sin género de dudas que los otros once invitados deben ser figuras y personalidades allende nuestras fronteras y nada más indicado por estricta correspondencia de proceder protocolar a tales fines, que sea el Poder Central el que decida y formule las invitaciones respectivas.”

Con estas precisiones de un desconocido y anónimo maestro de escuela, quedó saldado aquel conflicto que amenazaba ser una tormenta, creada por la estolidez e incomprensión de un grupo de xenófobos de bajo cuño. La opinión pública respaldó en forma casi total la sencilla y clara exposición del desconocido educador y así el Poder Central por intermedio de la Cancillería se encargó del caso y siguiendo un molde similar al pautado por el Libertador, designaron e invitaron al siguiente grupo de personalidades internacionales.

El Primer Secretario de la Asamblea Mundial de las Naciones. El Jefe de la delegación en minoría en la

Asamblea Mundial, representante que era de un Movimiento de Liberación Nacional y no de un gobierno establecido. El Presidente de la Academia Internacional de Estudios Históricos. El Director de la División Científica del Centro Internacional de Universidades, en Viena. La primera bailarina del Ballet Bolshoi. El Rector de la Universidad Internacional de los Pueblos - Núcleo África, con sede en Nairobi. El Embajador de la Organización de Productores de Insumos no Renovables, ante la Sede Mundial de las Naciones. Un periodista a señalar por la Academia Sueca. (Se designó un escritor paquistaní) Director de la Revista Mensual de la Organización Internacional del Trabajo. Ginebra. Un representante permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones. Se eligió el delegado de la República Popular China. El Director ejecutivo del Centro Ecuménico Internacional de Jerusalén. Un Embajador o el Canciller (cual lo señalase el país respectivo) de una nación bolivariana. La escogencia se hizo al azar en la sede de la Embajada del Perú. La suerte favoreció a la República de Panamá. Realizada la consulta de rigor, el Presidente panameño señaló a su Embajador como el asistente natural.

Pese a las discusiones, la expectativa inusual y lo excepcional de todo lo que se esperaba con sus ribetes de mágico absurdo, se trabajó a un ritmo frenético de alta eficiencia. Llegada la fecha del 25 de Octubre todo detalle se había cubierto. No faltaba nada por hacer. Inútil realizar un recuento o inventario de las actividades y realizaciones cumplidas con las vueltas

y revueltas anecdóticas de la compleja madeja logística abordada, que casi dejó en el hueso a Don Paúl, a su asistente y dos activas secretarias. Se hizo, nadie sabía explicar cómo, pero se logró cubrir hasta la mínima posibilidad de contingencia. Sólo quedaba esperar.

Tres días no pueden ser tres siglos, aunque lo parecieron. La pesada loza de la subjetividad emocional imperante mantenía gravitando interminable cada minuto. Al fin las tres vueltas sobre su eje que faltaban a la tierra para llegar al día 28 se cumplieron, dejando tras de sí las más abigarradas motivaciones y centenas de insólitos testimonios en torno al comportamiento humano a la hora de las excepciones.

28 de Octubre; 10 y 30 de la mañana.

Los parapetos y montones de tierra que cubrían, tanto las aparentes refacciones a las que fue sometida la plaza, como las que realmente se acometieron, fueron removidos. Los alrededores del cuadrículado recinto estaban férreamente tomados por fuerzas de seguridad en el marco de un impresionante silencio que permitía escuchar el siseo de la circulación sanguínea de las personas.

El Libertador le había señalado a Don Paúl que bajo ningún concepto o circunstancia permitiese el acceso a la plaza, acordonada en su perímetro por un pelotón de soldados ataviados con sus mejores y más relucientes galas. Un grupo selecto de los mismos, hacían calle hasta la puerta principal de entrada al Palacio Municipal. Más allá del pelotón de custodia, al ancho de una franja fijada por barreras metálicas, se extendía

hasta varios cientos de metros más allá de cada costado del lugar una abigarrada multitud en atmósfera de total recogimiento, contrastando con lo que pudiera esperarse de aquella gigantesca selva humana.

Quien necesitaba moverse lo hacía con lentitud, se hablaba casi con gestos; las pocas palabras pronunciadas eran susurros. Quienes por necesidad tuviesen que hablar en voz alta, lo hacían modulando tonos graves y con la mayor economía del lenguaje. Podría suponerse que el esfuerzo colectivo realizado y la voluntad de cumplir en lo mejor el plan municipal de trabajo pugnaban por dar paso a un nerviosismo patente en la palidez de los rostros, en el sudor de las manos, o en el copioso transpirar axilar de los más, pese a la benigna temperatura imperante.

Mes y medio se había cumplido de la célebre entrevista nocturna entre El Libertador y Don Paúl, en la que recibió las instrucciones a objeto de su presencia en sesión solemne del Concejo Municipal de la ciudad, donde ofrecería su Mensaje. El plan realizado de acuerdo a las pautas recibidas, se llevó a cabo en su totalidad. Sólo quedó en Paúl la frustración de no haber logrado indagar mediante que procedimiento y en qué lugar haría su aparición; dando origen a todas las conjeturas imaginables en torno a la forma y manera como cobraría vida esa mañana para luego dirigirse al Palacio Municipal. Lo que nadie logró suponer fue que ninguno acertaría.

En cuanto a honores militares, El Libertador fue tajante al advertir a Paúl.

—Nada de himnos ni comparsas y cuidado con pensar en entregarme un Terebeque de Oro, como el personaje sorpresa del año o cualquier otro disparate de ese género.

—Pero...Su Excelencia -se atrevió a objetar Don Paúl-...estee...

—Espera, te comprendo. Veamos...Aún no sé dónde y cómo me haré presente, pero supongo que habrán formaciones de soldados hasta en la sopa, pues a ustedes les gusta el espectáculo... Solo deben aplicar las reglas de rigor para el caso de aparición imprevista de un oficial de alto rango: Llamado de atención... Saludos y posición firmes; así quedarán hasta mi entrada al Concejo —aunque el miedo les impida distinguir si están firmes o tiesos- y eso será todo en cuanto a honores y homenajes; no olvides Paúl que mi tiempo estará estrictamente limitado.

La comisión de recepción con el Edil Presidente al frente, espera a las puertas del Palacio Municipal. Más allá del firme cordón de seguridad la multitud ciudadana calla, sumada a la espera, en actitud casi religiosa. La inquietud se concentra en las miradas convergiendo desde los más disímiles y forzados ángulos de perspectiva y visión hacia la estatuaria figura en ecuestre del semi-dios, ubicada en el centro del parque público. Por casi treinta kilométricos minutos ininterrumpidos, la visión de la abigarrada multitud se concentraba silenciosa sobre el lugar central de la plaza...

...Nada acontecía.

No se advertía ni un microscópico indicio...

El silencio llegó a un límite que permitía escuchar hasta el despliegue generoso de los rayos solares sobre la multitud.

-----uuuuuuuuuuoooooooooooooooooooooooouuuuuuuuuu...

Un murmullo creciente surge en un grupo, giran los rostros hasta una diagonal adyacente a la calle menos concurrida del lugar y el cese de lo que era casi un grito, da paso al asombro y la sorpresa.

Entre las dos moles del edificio rental, diagonal al Palacio Municipal, frontero con el eje sur-norte de la plaza hay una angosta callejuela, casi un pasillo. Servía para colocar al aire libre pipotes vacíos donde se recolectaba el mar de desperdicios, mayormente papelería, propios de lo que era el más grande asiento burocrático de la ciudad.

De aquel callejón salió casi al unísono con el tañido de la primera campanada marcando las once de la mañana, un rumor de cascos y pisadas. El Libertador caminaba al lado de su caballo al que conducía de las bridas. El vasto murmullo que surgió en el instante, se apagó de pronto en las gargantas sobrecogidas de pánico, pues vuelta a girar de inmediato las cabezas hacia el centro de la plaza... el pedestal estaba vacío.

Y como lo previera, así fue. La descomunal sorpresa de su materialización, no exenta de un toque relámpago como de altísima magia o inexplicable ciencia inalcanzable a la comprensión humana, galvanizó a la heterogénea multitud, congelando hasta el más lúcido de los cerebros reunidos en el lugar. Ni una garganta

emitió sonido alguno más allá de aquel murmullo cuya extinción fue tan súbita como su clímax.

El Libertador... Cómo describirlo... El peso de casi dos siglos de preconcepciones, la forja de un prototipo de héroe en el molde homérico más o menos invariable en cualquier criatura en la que el mito se asienta, empañaban la mirada y hacían perder pie a una apreciación juiciosa. Un profundo esfuerzo desalienante lograba poco; seguía siendo impresionante aquella pequeña figura de hombre. Se logró la materialización a una edad indefinible entre los 38 y 43 años, quizás más cerca de los primeros, más, con todo y ser realmente joven por la cronología, se marcaba en su aspecto el peso de una vida cuya intensidad estuvo al borde del derroche y la agitación constante. El color de la piel, reflejaba desgaste en los tres frentes de la salud corporal: energía física, equilibrio emocional, agudeza y prontitud intelectual. Solo su férrea voluntad instilaba vigor a la delgada musculatura soportando la fina arquitectura del cuerpo rematado en noble cabeza de frente en bóveda de pensador elevado. Su eminente origen mantuano aparecía en los delicados rasgos aristocráticos, asomado al mundo en una mirada extrañamente intenso. Un brillante fulgor hacía eclosión en las pupilas dándole a su metálico brillo un halo de ternura, como si el poeta habitante de su corazón nunca cediese por completo lugar al estadista, al militar o al político. En esa multicompleja mezcla de facetas, abrigadas de un alma cultivada para la elevación de la belleza, radica-

ba esa intensidad de espíritu convertida en remansos a la orilla de sus pupilas.

Vestido de campaña en arreos muy austeros avanzaba pausadamente. El bicornio en el pomo de la montura, la mano derecha libre y la izquierda llevando de las bridas al caballo cuyo paso de metrónomo armonizaba el ritmo de su equino andar con el pendular balanceo del cuello. Cruzó la acera frontal a la callejuela por donde apareciera. Atravesó la calle lateral del lado Norte-Sur hacia la plaza, tomó la acera interna para bordearla hasta la esquina donde viró noventa grados a su derecha. Caminó en el más completo silencio hasta frente a la puerta del Palacio Edificio. Allí, aproximadamente al centro de la línea visual entre el lugar que ocupara su esfinge estatuaría en la plaza público y el balcón del salón de sesiones de la sede edilicia, se detuvo. Todo se había paralizado; el espeso silencio reinante fue apenas arañado por los pasos de la aparición materializada y el suave retumbar de cascos de su cuadrúpedo acompañante. La muchedumbre permanecía petrificada, cual si sus hálitos vitales se hubiesen esfumado, compensando el despliegue de transgresiones a las leyes naturales manifestado ante ellos, cuando la piedra y el bronce cobraron instantánea vida en la persona del representado en esfinge.

Los desmayos se sucedieron por cientos. Nadie los advirtió, toda solicitud, atención, mirada o expectativa se concentraba y dirigía hacia la figura del hombre que paso a paso y llevando de las bridas a su caballo,

llegó frente a las puertas del Palacio Edificio. De los siete munícipes que a la entrada del recinto esperaban en comisión al insigne personaje, solo quedaban en pie Don Paúl y Cleómenes Esparza. Los otros fueron víctimas de verdiepiteliales soponcios, sumándose a las decenas de los desplomados, algunos automáticamente infartados.

Don Crispi y su inseparable compinche el cronista y secretario municipal Mijares, hermano del laureado novelista, trataban de sostenerse uno al otro en tragicómico dúo de marionetas cuyo titiritero sufre atonía muscular del brazo que les sostiene. Sus semblantes habían tomado ese tono mapleto propio de las lechugas cocosas. Respiraban jadeantes, a pequeños silbidos entrecortados. Los honores militares, brevísimos por instrucciones del propio Libertador quedaron archivados en la demudada estupefacción de aquella parodia de soldados presentes, que a nada atinaban y a los que ni un ridículo chillido les brotó de la garganta cuando intentaron lanzar la primera voz de mando, heladas del pánico las cuerdas vocales. A punto de reemprender su marcha oyó a su derecha un suave y ligero rataplán. Un joven y espigado moreno, distintivo amarillo en la manga azul del uniforme, alineado con la Banda Municipal del Comando de la zona, fue el único en reaccionar. Su delgado y liviano redoblante marcó un rítmico compás de maestoso aire marcial. El Libertador volvió el rostro hacia el joven, esbozó una sonrisa y con breve gesto de su cabeza pareció decir: “está bien” y cruzó la calle principal.

En su breve pausa el Libertador volvió a contemplar caras familiares. Fue la primera ocasión en que fijó su mirada en alguna cosa o en alguien. Sus ojos desde el momento de la materialización, estuvieron como horadando las tinieblas cósmicas que un día de diciembre en San Pedro Alejandrino había abordado su espíritu en tránsito hasta los días actuales. Túneles de tiempo volaron raudos desde el fulgor del alma asomada a su mirada... y salió del mudo instante contemplativo girando el rostro hacia un lado del edificio municipal y luego al otro, se fijó unos segundos en el vetusto conjunto de la edificación y detuvo la vista en Don Paúl que se sintió desfallecer. Se recobró con prontitud al amparo de la misma mirada, abrió los labios para intentar tal vez un viva o un hurra similar y se guardó frustrada la masa de aire en la garganta, congelada por el relámpago de los ojos de Bolívar que adivinándole el gesto le impuso silencio. Al llegar Su Excelencia al recinto municipal continuaría la sesión en receso según protocolo y directriz señalada por el propio General y cumplida hasta el momento en forma estricta. La convocatoria de rigor y las invitaciones acordadas. Apertura de la sesión a las diez de la mañana; lectura del acta anterior; orden del día con breve presentación del acto en ejecución y sus motivaciones en concisa memoranda oficial. Saludo protocolar a los invitados especiales. Cubierto el cuarto literal de la agenda, receso de media hora durante el que la directiva municipal en pleno saldría a las puertas del recinto para el ritual de

recepción y bienvenida al insigne visitante; momento en que se encontraba la situación presente.

Llegado el augusto visitante al salón de sesiones escoltado por los munícipes en pleno; el Edil Presidente --con la venia del Libertador— daría curso a la prosecución del acto. Con voz firme y brillante sin titubeo alguno, Don Paúl Riera Álvarez hizo el escueto anuncio oficial:

Discurso de Orden.

“Mensaje a los Americanos y al Mundo” de Su Excelencia General en Jefe de los Ejércitos Unidos de Colombia, El Libertador Simón Bolívar...

Sube al estrado de oradores el Libertador en medio de un religioso y profundo silencio. Treinta segundos después, que parecieron largas y tediosas horas de espera, se comienza a escuchar la brillante y baritonal voz de Bolívar...

Concluido el discurso de El Libertador, los actos y de hecho, la estatuaría y ecuestre figura ubicada ya en el centro de la plaza, de forma inexplicable, todos los presentes se dispersaron, comentando las palabras de Bolívar. El discurso, fue grabado por una comisión de solo tres técnicos; restricciones que imponía la materialización petro-broncínea a la vida manifiesta, suceso radicalmente violatorio de toda ley natural y por ende de extrema fragilidad en todos sus aspectos. La grabación sería reproducida para su difusión y destino a los diversos archivos solicitantes, se conocía oficialmente de 387 solicitudes diversas.

Al día siguiente, cuando se dio inicio al proceso

de grabación de copias del discurso, en el momento de iniciar la reproducción grabada, Un operador da “Play” y se escucha...

Excelentísimas Damas y Distinguidos Señores representantes de los más amplios estamentos de la vida nacional y del existir-brrbrrrr vivencial de los pueblos brbrbrrr del continente y del mundo....ssssss bsss

La voz se extingue veloz e inexplicablemente.

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 22 de mayo de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1994 en que falleciera el escritor y lingüista Iraset Páez Urdaneta

www.sultanadellago.com